276



INFRACOSMOS

JOHNNY GARLAND

INFRACOSMOS

JOHNNY GARLAND

Colección **ESPACIO**

Infracosmos

por

JOHNNY GARLAND



EDICIONES TORAY, S. A.
Arnaldo de Oms, 51 – 53
BARCELONA

Depósito legal B. 1626 - 1962

Núm. De Registro: 15282- 1962

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso por EDICIONES TORAY, S. A. – Arnaldo de Oms, 51- 53, Barcelona

Uno puede encontrarse en cualquier momento ante lo insólito. Uno puede vivir la gran aventura de su vida cuando menos lo espera. Uno puede tener la oportunidad de rosar las sombras de lo desconocido, si surge la circunstancia imprevista, asombrosa, que le enfrente a lo ignoto.

Pero yo, Zindo Knox, quien esto escribe, me enfrentó a algo superior a todo eso, algo que estaba más allá de lo imaginable. Me vi, cara a cara, con un alucinante Universo nunca sospechado, nunca visto o imaginado. Era el... «INFRACOSMOS»...

PRÓLOGO

El doctor Studer firmó la cartulina.

Así de sencillo era. Simplemente una mano que tomaba una pluma, que escribía, con letra angulosa, con nervioso trazo... Una firma. Y todo resuelto.

Aquella firma suponía la diferencia entre vivir o morir. Morir lentamente, por supuesto, agotándose entre aquellos muros blancos, plásticos, fríos y asépticos.

Y la firma era como devolver la vida a un hombre. La vida, el retorno al mundo auténtico, para un ser cuyo nombre figuraba en aquella cartulina recién firmada.

Tomó la cartulina. El doctor Studer se la tendía, con una sonrisa abierta, cordial, amplia, Le miró con desconfianza, temiendo que de repente Studer se echara a reír burlonamente, retirase la mano, quitándole la cartulina, y gritándole a la cara, entre explosiones de hilaridad:

—¡Estúpido! ¡Necio! ¡Has caído en la trampa! ¡Me he burlado de ti! ¡No saldrás, no saldrás! ¡Nunca saldrás de aquí! ¡Nunca!

Y reía, reía, mientras sus dedos fuertes, largos y sensitivos, rompían la cartulina mágica, salvadora, en mil pedazos desesperantes, enloquecedores...

Pero no. No ocurría eso. Había ocurrido antes miles de veces. En sus sueños solamente, en visiones angustiadas, durante las largas, infinitas noches entre los muros blancos y fríos.

Notó que tenía la frente bañada en sudor, a pesar de que el calor no era intenso en la salita, acondicionada con un clima delicioso. SI doctor Studer había dejado en su mano la cartulina firmada. Y le sonreía, diciendo algo muy distinto a lo que él le oyera en sus alucinantes sueños:

—Enhorabuena, Knox. Le felicito de corazón. Y le deseo suerte. Mucha suerte, en ese mundo al que regresa, totalmente curado. Si alguna vez hemos de volver a vernos usted y yo... que sea muy lejos de aquí. Vaya en buena hora, Knox...

Zindo Knox oprimió la cartulina con fuerza. Apretó los labios, respiró fuerte... Luego sonrió también.

—Gracias, doctor Studer—dijo roncamente, sintiendo que la voz le temblaba—. Gracias por todo...

Le miraba con fijeza mientras hablaba. Era como descubrir a un nuevo Studer, a un hombre bueno, cordial, humano, que celebraba de veras el alta de un paciente suyo. Era una imagen tan inesperada, tan distinta... Como si una máscara horrible hubiese caído, descubriendo detrás, exclusivamente para Zindo Knox, un rostro bondadoso y noble. Un rostro que él jamás había imaginado antes...

Para todos, el doctor Studer era el tirano, el monstruo, el ser despótico y duro que les mantenía prisioneros. Así, durante días, semanas, meses..., incluso años.

Y ahora, en su despachó, la imagen real era ésta. La de un hombre dedicado a su profesión, a la ciencia maravillosa de curar a los demás, de devolver la paz física y espiritual a los enfermos que todo lo perdieron ya, incluso la fe y la razón...

Salió del despacho de Studer con aire absorto, pensativo. Caminaba como sonámbulo, sobre las suelas de blanda espuma blanca, de su calzado de «internado». En una oficina exterior, dedicada a recepción, se quedaron con aquel calzado. Le entregaron, un momento después, sus zapatos. Los de antes...

Los miró, estremeciéndose. Eran tantos recuerdos los que cualquier cosa de «antes» le traían a la mente... Era como volver a aquellos tiempos. Cerró los ojos. No, eso no. No debía pensar en ello. Había pasado. Debía olvidarse.

Para eso estuvo en el establecimiento del doctor Studer. Para eso le habían aplicado todos los medios de la ciencia, todo aquello que a él, mientras estuvo sumido en su negra laguna de sinrazón y de inconsciencia mental, consideró como terribles torturas para destruirle. Y que lo que en realidad habían hecho era destruir el mal, aniquilar a un pobre ser enfermo e inútil para la vida misma, devolviéndole otro ser, aquel que había perdido tiempo atrás, cuando el ataque de demencia se presentó...

Demencia. Debería haberle dado miedo pensarlo, formar la palabra terrible en su mente. Y, sin embargo, no era así. La palabra no le asustaba, no le impresionaba como él hubiera esperado.

—Sí, he estado demente — se dijo, casi en voz alta, cruzando ya el último trecho de corredor, blanco y aséptico, camino de la puerta de salida. La salida al exterior, al mundo, a la luz, a las sensaciones embriagadoras, al sol, a las estrellas, al aire puro, sin olor a desinfectantes y medicamentos-—. Demente... Yo estuve loco. Lo sé. No me asusta, porque era la verdad. Y la verdad no debe de asustarnos..., ¿no es cierto, doctora Barrow?

Sonrió, deteniéndose a menos de veinte yardas de la enorme vidriera guardada por un portero de blanca bata corta de sedaplast, con el emblema de la clínica de enfermos mentales del doctor Studer. Las siglas harto conocidas

para los ojos de. Zindo Knox: PEC (Psichyatric Electronical Center).

Se detuvo, porque estaba pensando en la doctora Barrow. Por eso sonreía también. Ella no podía oírle. Ella ni siquiera, estaba ya allí. Pero había estado antes. Poco tiempo, era cierto. Sin embargo, quizá la doctora Barrow fue la persona que en la clínica de novísimos procedimientos electrónicos, aplicables a la mente humana para su regeneración y cura definitiva, el experimento sensacional y discutido del doctor Studer más le ayudó y le alentó en su difícil, arduo camino de recuperación.

La doctora Barrow... No podía recordarla demasiado bien. Solamente evocaba, de forma borrosa, unos ojos profundos, inteligentes, tras las gafas de montura plateada, estilizada, tina sonrisa alentadora, en una boca de labios gordezuelos, muy rojos, y dientes simétricos, muy blancos. Y una voz suave, sedante, casi una caricia para los nervios:

—No le ocultaré la verdad, Knox. Usted está enfermo. Tiene su mente enferma, y nuestra tarea es curarle. Le curaremos. Yo se lo garantizo. No debe tener miedo. Ni siquiera a su propio mal. No piense que está sano, que usted no sufre de ninguna dolencia mental. Sería falso. Y perjudicial. Hágase a la idea. Usted..., usted está psíquicamente enfermo.

—¡No! — había respondido él, convulso, rebelde a esa idea.

—Sí, lo está — había sostenido valerosamente la doctora Barrow—. Muy enfermo, Knox. Y nuestro esfuerzo no servirá de nada, si usted no pone algo de su parte. Quiero que me entienda bien. La verdad nunca debe asustarnos. Nunca... La verdad es lo más importante en todo momento. Por dura, por ingrata que sea...

Movió la cabeza, risueño el rostro al evocar todo eso. Sí, ella había tenido razón. Él tuvo que poner de su parte. Lo demás lo hizo la ciencia. La doctora Barrow pronto se ausentó. Su tarea no era precisamente la psiquiatría. Se ocupaba de electrónica y de bacteriología. La presencia de la doctora en el Psichyatric Electronical Center había sido puramente ocasional, a consecuencia del sistema curativo electrónico que sobre la mente desequilibrada de sus pacientes realizaba el doctor Studer.

Pero su huella de confianza, de aliento, había quedado profundamente impresa en el ánimo de Zindo Knox. Y ahora, un año después de aquel día en que la doctora Barrow le habló y atendió en su cámara de paciente interno, volvía a la vida, a la libertad...

Casi le asustaba más eso que el tiempo transcurrido dentro del establecimiento sanitario de Studer. Temía no saberse adaptar fácilmente a una existencia vulgar, cotidiana, igual a la de todos los demás hombres..., pero a la que ya no estaba habituado.

Tomó alientos, se decidió... Avanzó con largas zancadas. Alcanzó la puerta, mostró su tarjeta de alta al portero exterior. Éste tomó nota de su número y luego accionó el resorte que ponía en funcionamiento la parte

automática. Ésta se abrió con un suave zumbido de su mecanismo.

La cruzó. Pisó la amplia plataforma exterior. Allí se detuvo, parpadeante, bajo la caricia del sol. Contempló la calle, a sus pies, al final de los doce o catorce peldaños amplísimos, de blanca piedra plástica, que daban acceso al establecimiento del doctor Studer.

Las amplias vías, de terso suelo gris blancuzco, los rectángulos de jardinería, festoneando la ciudad lineal, funcional, deslumbrante y audaz, con su arquitectura rectilínea, fantástica y ultramoderna. Los vehículos aéreos, las rutas elevadas, serpenteando entre los edificios, con sus «rotores» o discos rodantes, auténticos «taxis» de la época, deslizándose en todas direcciones por la doble banda magnética de metal plateado, que pese a sus audaces descensos y giros mantenía siempre adheridas las ruedas esféricas del disco-car, por un sistema imantado que anulaba la posibilidad de accidentes mortales...

Era lo que veían sus ojos. Y se saturaba con todo ello, con todo lo que las gentes miraban con indiferencia, al pasar. Porque nadie conoce la belleza de lo que le rodea, cuando siempre está a su alcance. Sólo al perderlo, al sentirse lejos de todo ello, uno siente la auténtica dimensión de las cosas, sabe valorar con justicia aquello que antes desdeñó como vulgar...

Zindo Knox respiró el aire a pleno pulmón. No, no era el mismo aire que se respiraba allá dentro. No lo parecía en absoluto, pese a que los grandes renovadores y purificadoras de aíre de los establecimientos sanitarios daban la mayor pureza al oxígeno que se respiraba entre sus muros.

El aire auténtico no necesitaba de purificadores. Era aire puro, real, vivificante. Penetraba en los pulmones como un alud de vida y de energías. Zindo descendió los escalones casi canturreando, radiante bajo el sol, abiertos sus ojos a tanta maravilla como poseía la vida cotidiana, las calles y las gentes, los edificios y los vehículos, los jardines y los anuncios, las tiendas y las residencias elevadas sobre amplias terrazas de formas circulares o curvadas con bellísima audacia arquitectónica.

—¡Gracias, Dios mío—susurró, levantando los ojos al cielo, al azul infinito, maravilloso. A aquel azul que, muchos años antes, el hombre había empezado a perforar con proyectiles espaciales, con naves siderales. Aquel cielo que, pese a todos los prodigios de la Astronáutica, seguía siendo reino del misterio y de la poesía, recinto intangible e ignoto del Sumo Creador de todas las cosas—. Gracias, Señor... por todas tus bondades. Humildemente, sencillamente..., te doy las gracias...

No habló más. No hubiera podido. Pero su alma, su mente, transmitían miles de palabras más cálidas y expresivas que no necesitaban sonido. Eran el mensaje de gratitud y de fe de un hombre que cuando creyó perderlo todo y ser un muerto en vida... regresó a esa misma vida para volver a encontrarse a sí mismo, en un mundo que, ahora lo comprendía, amaba por encima de todas las cosas.

Zindo Knox dejaba atrás un mundo de tinieblas, de angustias y de pesadillas sin precedentes. ..

Zindo volvía al mundo de la luz y del color... y se sentía feliz. El más feliz de todos los hombres.

Tenía razón para sentirse así. Era justo, era humano.

Porque, a fin de cuentas, él no podía leer el futuro. Solamente sabía mirar atrás, al pasado, como cualquier otro. No tenía la facultad de escudriñar el porvenir.

De haberla tenido... Zindo Knox no hubiese sido tan feliz en aquellos momentos. Quizás, invadido por un horror sin igual, hubiera retrocedido, despavorido, para encerrarse de nuevo en el mundo que tanto temía y odiaba...

Sí. Cualquier cosa, incluso la locura, era mejor que lo que Zindo Knox encontraría en su camino...

Pero eso él no lo sabía. Ni él, ni nadie...

Y, sin embargo, aquello... ya estaba allí.



CAPÍTULO PRIMERO

EL REGRESO



L funeral tocaba, a su fin..

La arqueta, conteniendo los restos del hombre famoso, fue depositada en la

urna de cristal blindado que la guardaría a la vista de todo el mundo, en medio del pedestal de mármol rojo y negro.

Era el centro geométrico exacto. El punto central en torno al que se levantaba el enorme bloque de edificios que, circularmente, rodeaba aquel punto. La grande, colosal Fundación Astrik era como un círculo de edificios de mármol negro y de vitroplast rojizo, pero un círculo partido en innumerables trocitos. Cada fragmento, un bloque de pisos, un edificio independiente, de forma curvada, que continuaba su círculo tras el breve paso lateral, festoneado de plantas y flores. Y así, hasta dar al círculo exactamente dieciséis fragmentos curvos que, unidos entre sí, formaban el anillo arquitectónico de sorprendente color. A pesar de su negro y rojo, no resultaba fúnebre. Simplemente magno, impresionante.

Eso era, justamente, lo que había querido Astrik, El gran Gaar Astrik. Y lo había logrado. Dentro del círculo impresionante de los edificios curvos, rojinegros, estaba el otro círculo, de un verde intenso, salpicado por las notas de color de las flores que brotaban entre los grandes bloques de hierba y los setos bien recortados.

Y en medio de todo eso... el pedestal de mármol rojo, con vetas negras. El pedestal que iba a ser soporte del cuerpo fundador. Gaar Astrik reposaría allí por una eternidad. O al menos eso era lo que la inscripción decía. Pero la eternidad, entre los seres humanos, era un concepto solamente relativo. Nada ni nadie, en la Tierra, puede ser eterno. Pero Gaar Astrik parecía haber creído otra cosa, mientras vivió.

Y quiso perdurar después de su muerte...

La tapa de plata maciza se cerró, ajustándose de forma hermética sobre la arqueta de platino. La ceremonia terminaba ya. Los asistentes al acto ponían expresión de sincero pesar, aunque sus ideas fuesen muy otras. Casi todos, beneficiados por el testamento del magnate, celebraban en el fondo que esto hubiera sucedido. Pero se guardaban mucho de revelarlo.

El encargado de la ceremonia fúnebre conectó un resorte secreto. El que convertía la tapa de plata en un conductor de corriente eléctrica de alto voltaje, para impedir intentos de robo en los minerales preciosos del monumento funerario. Ni siquiera muerto, había olvidado Gaar Astrik sus precauciones de toda una vida.

—Gaar Astrik descansa en paz, por los siglos de los siglos —recitó gravemente un asistente, que tenía al parecer cierta autoridad sobre los demás —. Y que tu obra perdure, como perdurará tu recuerdo entre todos aquellos a quienes beneficiaste en vida...

Era el fin, la ceremonia terminó allí.

Se dispersó la gente. La arqueta fúnebre quedó en medio del jardín circular, rodeada de verdor, de flores y edificios rojinegros. Dentro de una urna irrompible, de vitroplast blindado, cubierta con una tapa de plata maciza, cargada de alta tensión...

Así terminó en su vida terrena el gran Astrik. «El hombre de los cien mil millones», como se le conocía en todas partes. El monumento funerario se quedó solo, como siempre quedan los muertos, por grandes y poderosos que hayan sido...

En aquel preciso instante, de un centro sanitario de la gran urbe estaba saliendo un enfermo recién curado, con el alta médica en su bolsillo. Un hombre llamado Zindo Knox, que había sufrido demencia total...

Zindo Knox y Gaar Astrik jamás se habían encontrado. Ni el millonario oyó hablar nunca de Knox, ni éste llegó a ver en momento alguno al multimillonario en carne y hueso.

Y, sin embargo, coincidieron en ese punto: cuando a Astrik se le encerraba para siempre en su tumba de cristal y metales preciosos, rodeado de jardines, Zindo Knox salía libre de su encierro, volvía a la libertad y la vida.

Pero eso no hubiera significado nada, de terminar ahí todo contacto. Sin embargo, aquel contraste entre los dos hombres que nunca se vieron ni conocieron personalmente, era tan sólo el principio.

El principio de una serie de cosas que no hubieran sucedido tal vez, de no coincidir de nuevo los caminos de ambos. Los caminos de un multimillonario fallecido... y de un hombre sin fortuna, que acababa de abandonar un manicomio...

El nexo invisible entre Zindo Knox y Gaar Astrik existía ya. Y sus consecuencias llegarían inevitablemente. De un momento a otro...

* * *

—Celebro que haya vuelto, señor Knox.

—Gracias, señora Lomish —sonrió el recién llegado, inclinando la cabeza apaciblemente—. He venido... a recoger mis pertenencias. Abandoné hoy la clínica. He de buscar alojamiento, y necesitaré mi equipaje...

—¿Cómo? ¿Tan mal estuvo en mi casa, que ahora ha resuelto buscar otra? —se dolió la señora Lomish, mirándole sorprendida.

—Bueno, yo... yo creo que es lo natural. Mi apartamento está ocupado ya, y además usted no aceptará en su casa a un hombre que... que ha estado loco, que vuelve de un manicomio, dicho francamente. Esas cosas nunca gustan a nadie, yo lo sé.

—Mire, señor Knox. Usted ha sido siempre mi huésped. Yo no sé qué enfermedad tuvo, ni me importa. Lo que cuenta para mí es sólo eso: que estuvo enfermo. Antes de la enfermedad, era un gran chico y todo un caballero. Estaba muy satisfecha de usted. Ahora, no hay razones para suponer que haya cambiado. Veo que es el mismo. Y yo, también soy la misma. El apartamento sigue vacío. Es para usted, como siempre lo ha sido.

La emoción hizo temblar la voz de Knox cuando, tras un silencio, tragó saliva y respondió:

—¡Oh! yo... yo... sólo puedo decirle: gracias... Gracias, señora Lomish. Sinceramente...

Así volvió Zindo Knox a su antigua vivienda, en Nuevo Bulevar, Nivel Tres. Al otro día, se anunciaba en los periódicos impresos, modestamente perdida su oferta entre miles de anuncios similares:

> *Antiguo piloto de naves espaciales, sin colocación en la actualidad. Se ofrece por razonable sueldo a particulares. Razón, Zindo Knox, Nuevo Bulevar, Nivel Tres, Bloque 25.*

Muchas veces esa clase de anuncios ni siquiera llegaban a surtir el menor efecto, y el anunciante se encontraba con que había hecho un gasto inútil, sin beneficio alguno. En la época eran mucho más prácticos los anuncios en Super-Televisión, el procedimiento gigante y multiplano de la TV, exhibido en grandes pantallas públicas, por plazas y avenidas. O la exhibición de dichos anuncios en la sección «Personal» de los *movie-press* o periódicos animados, que se vendían en quioscos especiales, dotados de cintas magnetofónicas, con noticias, entrevistas, las voces de las grandes personalidades mundiales grabadas directamente, y un cinescopio adjunto, que permitía al «lector» seguir a la vez los comentarios sonoros y la imagen animada.

Pero toda esa clase de publicidad era costosa, Zindo se tuvo que conformar con una más modesta.

Y esperar el resultado. Sin demasiadas esperanzas y sin ninguna fe en una respuesta favorable.

Pro tuvo que confesarse, justamente veinticuatro horas después, que había pecado de pesimismo. Estaba totalmente equivocado al respecto. La realidad se lo demostró.

—Señor Knox, hay un caballero. Un visitante para usted —dijo la señora Lomish, al otro día.

—¿Para mí? —se sorprendió Zindo, saltando en su asiento, con un respingo—. ¿Está segura de eso?

—Por completo, señor, Knox. Dice que viene por el anuncio de la prensa. Al parecer, trae trabajo para usted. Ojalá sea algo bueno.

—¡Dios sea loado, es lo último que hubiera imaginado! —masculló Knox, perplejo—. Bien, hágale pasar. Veremos de qué se trata. Y, como usted dice... ojalá sea algo bueno. Necesito con urgencia ganar dinero, trabajar...

La señora Lomish asintió, abandonando con paso silencioso el apartamento. Poco después, era otra persona la que entraba allí, y se plantaba delante de Knox, contemplándolo fijamente, con expresión escudriñadora.

—¿Zindo Knox? —indagó, tras un silencio.

—Sí —asintió Knox con calma, sin desviar su mirada un solo momento—.

Yo mismo.

El otro asintió. Era un hombre singular, a juicio del todavía sorprendido Knox. Su aspecto general daba la impresión de ser mecánico y frío. Pero los ojos, de un tono jaspeado, entre verde y pardusco, tenían una mirada fija, casi obsesiva, ardiente y perspicaz. Vestía un sobretodo de sedaplast, negro brillante, y un sombrero oval, de último modelo, en igual color. Era muy pálido. Sus músculos faciales no se movían fácilmente. Iba enguantado. Y los guantes también eran negros. Knox casi sintió aprensión. El hombre hubiera parecido un pajarraco de mal agüero, de no mediar su suave, amable sonrisa, y lo obsequioso y cortés de sus modales, siempre un tanto glaciales.

—Vengo por el anuncio —dijo el visitante.

—Ya me lo han dicho. Ya sabe que yo soy el anunciante. Ahora, ¿puedo saber quién es usted?

El hombre sonrió enigmáticamente. Declaró, hundiendo la mano en el bolsillo del negro sobretodo. Cuando la extrajo, depositó algo en la mesa, ante Knox, y declaró:

—El hombre que le paga. Mi nombre, poco le diría. Yo sólo soy un intermediario.

—¿Un intermediario? ¿De quién?

—De la persona que le contesta al anuncio —rio el hombre, sarcástico—. No pregunte más. Ahí tiene dos mil razones para empezar la confianza entre nosotros. ¿Le bastará?

Knox hizo un gesto de duda, de indecisión. Eran dos mil «créditos», ciertamente, los que su visitante acababa de dejarle, envueltos en fajas de goma azul. El gesto fue mal interpretado por su visitante. O él se excusó en ello, al menos, para volver a hundir la mano, extraerla con tres nuevos fajos, y depositar éstos junto a los demás.

—Serán cinco mil. Ni un centavo más, Knox. Es todo lo que estoy autorizado a darle.

—Pero... pero ¿por qué? —argumentó el joven, invitadamente—. Yo busco trabajo, sencillamente. ¿Se cree que pretendo ser atracador o asesino, para recibir sumas así?

—No diga tonterías. Esa suma es sólo el principio de un pago mayor... si acepta el trabajo que se le va a proporcionar.

—¿Un trabajo... con cinco mil «créditos» para empezar? —Knox rio, asombrado—. La verdad, no logro entenderlo. Le ruego me perdone, si sigo pensando que no puede ser cosa limpia...

—Pues lo es. No me han dicho que pague a un pistolero o a un criminal, a un sobornado o a un tonto. Nada de eso. Sólo que usted es piloto de naves espaciales.

—Lo he sido —rectificó suavemente—. Por una enfermedad de tipo...

—Eso no le interesa a mi representado —cortó vivamente el otro, agitando

una mano—. Necesita un piloto espacial, y usted lo es. Es todo. Dígame si acepta. Nos hace mucha falta. De no surgir usted, hubiéramos tenido que solicitar alguno a la Administración de Astronáutica del Consejo Federal. Pero eso nos hubiera costado, entre trámites, pagas e indemnizaciones, más de veinticinco mil «créditos». De modo que esa paga que usted recibe es todavía exigua para lo que de usted espera nuestra Compañía.

—Pues a mí no me parece nada exigua —tabaleó sobre los billetes, con las yemas de sus dedos—. ¿Dice que pertenece a una Compañía determinada?

—Eso es —el hombre suspiró—. Si acepta, le daré su nombre y naturaleza. Pero sólo si acepta. No me gustaría perder el tiempo estúpidamente.

—Tampoco a mí. La cifra es muy tentadora. Creo... creo que aceptaré, aunque todavía no he acabado de ver claro en todo esto.

—Ya lo verá —el hombre de ropas negras se irguió, satisfecho del curso de su charla, y declaró—: Pertenezco a la «Brodman Worlds Society», de transportes interplanetarios. No poseemos piloto alguno con experiencia. Usted vendrá conmigo y hará unas pruebas. Seguro que resultarán, o jamás hubiera sido un auténtico piloto del espacio. De modo que mucha calma, y venga conmigo, si realmente desea debutar. Le presentaré a sus jefes y pasará la prueba, que por cierto es simple y rudimentaria, sobre todo para usted.

—No temo a ninguna prueba —sostuvo Knox con firmeza—. Si algo aprendí bien en el mundo fue tripular un *rocket*, un satélite o una nave espacial de grandes distancias.

—De acuerdo. Demuéstremelo, entonces. ¿En marcha, señor Knox? —sonrió el visitante.

—En marcha, señor X —fue la respuesta, entre resuelta y burlona, de Zindo Knox, el hombre que había dado el primer paso hacia su destino.

Y hacia su desastre...

* * *

El edificio de la «Brodman Worlds Society» tuvo la virtud de devolver a Knox la plena confianza en sus nuevos jefes.

Era una gran mole de cemento, plásticos de construcción y metal cromado, que centelleaba al sol, en una verde planicie, no lejos de la Gran Metrópoli, aislado del ruido urbano, y a la vez muy próximo al centro concurrido por las gentes de la ciudad.

—Hemos llegado —dijo el hombre de sobretodo negro, frenando su helicar sobre la alta hierba, que se onduló, bajo el tren de aterrizaje magnético de la ligera y práctica nave de uso particular—. Sígame, Knox...

Zindo Knox le siguió. Una vereda amplia y bruñida conducía a la puerta principal del gran edificio, entre grandes recuadros de hierba, macizos de flores silvestres y setos muy bien cuidados. En una época en que tanto abundaban los hacinamientos urbanos y las grandes metrópolis superpobladas, un lugar como aquél resultaba un auténtico remanso para el espíritu. Knox

experimentó una agradable sensación de paz y sosiego. Le gustaría trabajar con la «Brodman Worlds Society», pese a su misterioso enviado y a su elevadísimo sueldo —auténticas razones para despertar sus recelos—, sólo por el hecho de verse en lugares como aquél. Aunque era de suponer que un hombre contratado para trabajar en una empresa de transportes espaciales, por su condición de piloto cósmico, no estaría mucho tiempo con los pies apoyados en tierra firme, sino que pasaría casi todo su tiempo en el espacio.

Había un largo porche columnado, con techumbre semicircular proyectada sobre el claro situado frente a la puerta. El hombre de ropas negras, su acompañante, presionó un botón de llamada, junto a la puerta de acceso al interior.

No percibió ningún ruido. Pero poco después la puerta se abrió. Zindo se encontró con un hombre de uniforme granate, en cuyo pecho se veían, sobre una placa esmaltada, las tres iniciales: B. W. S., siglas de la Sociedad en que Zindo Knox habíase introducido ahora, en calidad de empleado.

Un empleado con cinco mil «créditos» de sueldo. Algo fabuloso para un hombre que, como él, había cobrado siempre no más de quinientos «créditos», y que al salir de la clínica del doctor Studer se hubiera sentido feliz con recibir una oferta por valor de trescientos.

Y allí, en una empresa privada, de la que nunca oyó hablar, le ofrecían —y le pagaban— cinco mil «créditos». Cuando ni siquiera podían saber la clase de piloto que él era. A no ser que pidiesen informes directos a la Comisión de Navegación Espacial. Les darían buenos informes, ciertamente. Pero también añadirían algo que quitaría a cualquiera la idea de contratarle: «Piloto que perdió la razón y fue recluido en grave estado mental». Con esa coletilla en su ficha personal nadie daría un solo paso para obtener sus servicios.

He aquí, sin embargo, al mandatario de la B. W. S. que llegaba, le ofrecía una suma formidable, y con toda la celeridad y misterio le llevaba a la bella y moderna edificación campestre.

No es que Knox sintiera miedo. Creía estar ya curado de toda clase de espantos, después de su internamiento en la clínica psiquiátrica. Pero tal vez no fuera así, después de todo.

El interior del edificio no le pareció tampoco sospechoso. Había luz entrando a raudales por ventanales amplios y luminosos, había corredores de muros claros y aspecto pulcro. Y, diversos empleados que iban de un lado para otro, cruzando acá, y allá, con el ritmo febril, activo, propio de cualquier lugar de trabajo.

Al mirar a su acompañante, captó la expresión burlona de éste, que le contemplaba de soslayo. Sonrió, algo forzado, y el hombre de B. W. S. habló con ironía:

—¿Ha comprobada ya que no se trata de ningún secuestro ni de un lugar siniestro, lleno de monstruos feroces?

—No he pensado eso en ningún momento. Estaba, simplemente, intrigado.

—Entiendo. Y sigue intrigado, ¿no es eso?

—Pues... sí. Me gusta ser sincero con la gente.

—A mí también. Sólo que no estoy autorizado para hablar claramente con usted, señor Knox. Nuestro presidente se cuidará de hacerlo.

—Muy bien. ¿Va a recibirme ese presidente en persona?

—Eso es. Se trata de algo excepcional, algo que solamente se hace con el personal de máxima confianza de la Empresa. Evidentemente, nuestro presidente trata de que usted sea uno de los elementos importantes de nuestra Sociedad. Y me agradará mucho que, ya que he sido yo quien ha ido a hacerse con sus servicios, puesto que me ocupo de la Sesión de Colocaciones y Empleados, nuestro presidente y usted congeniasen lo bastante como para llegar a ser algo imprescindible en nuestra Sociedad.

—Yo también lo deseo de veras —suspiró Knox con lealtad—. Pero no me dejó decirle algo, en mi vivienda, y creo que eso es lo más importante de todo. Yo soy un buen piloto, lo he sido siempre. Pero tuve una enfermedad que me alejó de toda actividad durante un espacio de tiempo bastante amplio. Y esa enfermedad...

—Le dije entonces que eso no era cosa mía —atajó secamente el otro—. Se lo repito ahora, Knox. Allá usted con sus enfermedades. Puede hablar de ello con nuestro presidente, pero no conmigo. Mi misión consistía en contratarle. Ahí terminaba todo. Si se queda, será una ficha en mi archivo. Y yo no cuidaré más de usted, ya que pasará a depender directamente del Servicio de Transporte Espacial y, muy en particular, de nuestro presidente en persona, que será el único que le dé órdenes, aparte del jefe de Vuelos.

—Está bien —musitó Knox, resignado—. No hablaré de nada con usted ni con los demás. Se sienten como esbirros, y parece gustarles su papel. Allá ustedes. Pero como usted ha dicho, a su presidente sí le contaré todo, antes de quedarme aquí de modo definitivo. Todavía no he dicho mi última palabra. Podría devolverle su dinero... y marcharme.

—¡Oh! claro que podría —sonrió el otro, enigmático, encogiéndose de hombros—. Sólo que no creo que lo haga...

Sonrió de forma desconcertante, dejando perplejo a Zindo Knox y, llegando a una puerta metálica, se detuvo ante ella. Automáticamente, la puerta se deslizó y encontráronse en una oficina con tres empleados de uniforme granate, escribiendo diestra y silenciosamente en máquinas eléctricas. Al fondo, una puerta de vitroplast azul dejaba leer, bien visibles sobre su superficie, las doradas letras de una inscripción:

PRESIDENTE

PROHIBIDA LA ENTRADA

—Adelante —invitó el hombre misterioso—. El presidente le espera...

Zindo Knox avanzó a través de la oficina, en dirección a la puerta del fondo. Al parecer, las letras doradas no rezaban con él, ya que nadie le impedía que entrase. Pero observó, de soslayo, que uno de los mecanógrafos pulsaba un resorte, sobre un tablero contiguo, cubierto con una serie de botones de diversos colores.

Quizás era un aviso, una llamada al presidente. Y cuando Zindo llegó a la puerta y golpeó tímidamente con los nudillos sobre el vidrio opaco, nadie le respondió. Pero aquella puerta, automáticamente, empezó a deslizarse, cediendo lateralmente y dejándole paso franco al interior del despacho presidencial de la Empresa.

Avanzó, escudriñando a la persona situada tras la mesa del fondo. Pero tras esa persona, quizá casualmente o quizá con toda intención, un alto ventanal derramaba luz cegadora procedente del exterior, y esa luz siluetaba al presidente, sin permitir verle las facciones ni apenas el aspecto físico.

Solamente cuando estuvo muy cerca empezó a descubrir algo. Y la voz del personaje, al darle su salutación, terminó de confirmárselo.

—Bienvenido, señor Knox. Celebro que haya venido. Eso quiere decir que usted acepta nuestra oferta, y va a trabajar con nosotros.

Zindo no respondió enseguida. Estaba contemplando al personaje acomodado tras la mesa. Un rostro, un cabello, unas facciones inconfundibles...

«El presidente de la B. W. S. era una mujer».

.

CAPÍTULO II

EL ENCUENTRO



UES sí. Una mujer... Y una mujer hermosa, por añadidura. Al menos eso parecía a simple vista.

—Bueno, nunca me lo hubiera figurado —confesó Zindo Knox, perplejo, contemplando a la persona sentada tras la mesa despacho—. Una mujer presidiendo una Sociedad...

—No tiene nada de particular, señor Knox —sonrió la dama—. Vivimos en una época en la que las diferencias sociales, comerciales e intelectuales de la mujer y el hombre dejaron de existir, al menos un siglo atrás.

—No, no me refería a eso. Es la sorpresa de encontrar una mujer, donde esperaba hallar a un hombre... y a un hombre poderoso, por añadidura.

—Respecto a poder, energía y fortaleza, valgo tanto como el mejor de los hombres. Téngalo en cuenta, señor Knox a la hora de aceptar su labor con nosotros...

Zindo contempló fijamente el cabello, de un rubio dorado, la nariz recta, los gordezuelos, bien dibujados labios, el óvalo clásico de su terso rostro. Y el cuerpo, esbelto y sensual, envuelto en una seda negra, brillante, que parecía ceñirlo como una segunda piel, quizá como la envoltura fascinante de una felina pantera de aterciopelados músculos.

—No lo dudo —confesó, con la mirada fija en los ojos color ámbar de la mujer—. No lo dudo en absoluto, señora...

—Señorita —sonrió ella dulcemente—. Señorita Astrik. No me he casado todavía. Quizá ni siquiera me case jamás, señor Knox. Creo que no he nacido para la vida hogareña, el matrimonio, los hijos y todo eso. Mi sangre es sangre de financieros, de magnates, de gentes que escalaron hasta la cumbre la difícil escala de los negocios y la industria. Acaso eso sea lo que tiene la culpa de todo.

—Ya —Zindo frunció el ceño, mirándola fijamente—. ¿Ha dicho que se llama Astrik?

—Eso es lo que dije.

—El nombre me es familiar. Y quisiera saber por qué...

—Tal vez porque ha oído hablar alguna vez de mi padre.

—¿Su padre? No sé...

—Era Gaar Astrik. Un prohombre. Un supermagnate...

—Gaar Astrik. Sí, su nombre me resulta conocido. Muy conocido. Pero ignoro por qué razón...

—¡Oh! tiene que haberlo oído mil veces —ella se encogió de hombros—. Murió hace unos días... Ya ha sido inhumado. Gaar Astrik pasó por la vida. Y dejó de ser todo lo que era...

—Lo dice como si realmente le complaciese que su padre hubiera muerto —observó Zindo, frunciendo el ceño, con expresión de sorpresa.

—Bueno, no puede decirse eso, exactamente. Nunca complace la muerte de un ser humano. Pero no he llorado a mi padre, ciertamente. Creo que murió y fue inhumado como un antiguo Faraón. Con la grandeza, el fausto y la grotesca convicción de los grandes monarcas egipcios, rodeándose de riquezas, y pretendiendo dejar a la posteridad la huella de su paso por el mundo.

—¿Y por eso le guarda rencor?

—Yo no le guardo rencor, aunque tendría razones para ello. Simplemente, todo lo que de Gaar Astrik procediese, me dejaría indiferente. Fue mi padre, porque engañó a mi madre. Luego, ni siquiera se casó con ella. Prefirió a una multimillonaria, cuya fortuna le ayudó a él a labrar otra cien veces mayor. Tuvo otros hijos, y nos olvidó a ambas. No hemos recibido de él un solo «crédito». Ni en vida... ni mucho menos en la muerte. Los cuervos que heredaron su fortuna fingen llorarle. Es falso. Yo, al menos, soy sincera y no le lloro.

—Pero usted preside una empresa importante —objetó Knox—. Es una Astrik.

Ella contempló con aire pensativo a Zindo Knox, desde su crespo cabello negro, azulado casi, hasta su mandíbula cuadrada, firme, bajo la boca enérgica, la recta nariz y las pupilas oscuras y penetrantes.

Luego, pareció seguir su alta, enjuta figura, hasta las abiertas piernas erguidas frente a ella. Finalmente, confesó con un suspiro:

—Una Astrik que se lo hizo todo ella misma. No le agradezco nada. Pasé mucho, hasta alcanzar esto. Tuve que combatir a muchos enemigos en el campo financiero. Y ahora, cuando ya tengo el negocio levantado... surgen los accidentes.

—¿Accidentes? —Zindo frunció el ceño de nuevo—. ¿Qué clase de accidentes?

—¡Oh! cosas extrañas —ella se inclinó, entornando sus fantásticos, ambarinos ojos—. Le voy a ser leal, señor Knox. Y muy sincera. Le han pagado un alto precio por venir aquí, ¿no es cierto?

—Sí. Demasiado precio. Llegué a pensar que...

—¿Qué habría gato encerrado, algo delictivo o poco claro en el asunto?

—Sí, eso mismo.

—¡Oh! descuide —rio ella—. No hay nada de eso. Pero sí existe una razón para que le demos cinco mil «créditos». E incluso más, si todo va bien y usted sigue con nosotros.

—Pues la verdad... no lo entiendo.

—Va a entenderlo enseguida —la hija del poderoso y difunto Gaar Astrik respiró con fuerza, se dejó recostar suavemente en el respaldo acolchado de su asiento y señaló a Knox un lugar vacío del asiento, Cuando Knox miró, perplejo, al lustroso suelo negro, espejeante, éste se abrió, subiendo un cubículo negro, cuya superficie se alzó, formando el respaldo acolchado de una silla de asiento de espuma roja, brillante y confortable, donde se acomodó, levemente perplejo. Ella continuaba ya, entrelazando sus largos dedos, sensitivos y céreos, rematados por uñas puntiagudas, de esmaltado violeta:

—Hasta hoy, todos nuestros pilotos comerciales... han desaparecido.

Zindo estuvo a punto de pegar un respingo. La noticia no era precisamente halagüeña.

—¿Desaparecido? —interrogó, confuso. Sentía una curiosidad mezclada con un ligero desasosiego.

—Justamente. Yo podría decirle que han muerto. Es lo que opinamos todos. Pero legalmente, si no existe un cuerpo, un rastro de violencia, sangre o algo así, no puede haber muerte. Por tanto, diremos que... desaparecieron.

—En otras palabras: se supone que murieron.

—Sí.

—¿Accidentalmente?

—La desaparición parece haber sido siempre accidental. Pero ya le digo que son términos legales.

—¿Supone otra causa?

—Sí.

—¿Cómo por ejemplo?

—*Asesinato*.

Ya no se sorprendió mucho. Lo había temido, escuchando las palabras de la joven. Pero a pesar de ello, la inquietud iba aumentando en él. Su nuevo empleo no parecía ciertamente muy seguro. Y la razón de cobrar una cifra tan elevada, sin explicaciones, referencias ni informes, empezaba a tener corporeidad alarmante.

—Asesinato... —Zindo reflexionó la desagradable palabra, antes de añadir, tras una leve pausa—: Y asesinato... ¿por qué? ¿De dónde procede?

—No es posible asegurarlo —ella se encogió de hombros—. Y mucho menos acusar a nadie.

—Pero usted lo sabe, aunque no esté segura ni tenga pruebas —declaró

Knox, clavando en ella una mirada penetrante—. Usted está convencida de que esos «accidentes» o lo que sean tienen una dirección muy concreta...

—Bueno... sí —suspiró finalmente ella.

—Un competidor. ¿No es eso?

—Sí...

—¿Quién, señorita Astrik?

—Mi padre.

Esta vez si pegó un respingo. La cosa no era para menos. Hubiera esperado cualquier respuesta, excepto esa. Sin embargo, la joven parecía muy convencida de lo que acababa de decir.

—Creí que no tenía nada contra él —observó Knox—. Además... su padre ha muerto.

—Por eso me arriesgo a contratar un nuevo piloto. Espero que, muerto él, sus herederos cesarán en la labor de sabotaje. Lo cierto es que nunca hubiera esperado nada igual de mi padre...

—¿Por qué suponer que fue precisamente él? Nunca oí decir que tuviera negocios de vuelos comerciales al espacio...

—Y no los tenía. Yo recibí un día un comunicado confidencial suyo. Me ofrecía ayuda económica para cuanto deseara... si decidía prescindir de mi apellido, y figurar como Sonia Tsar, que es el apellido materno, y no como Sonia Astrik. Pero si me empeñaba en ser Sonia Astrik sufriría las consecuencias y me haría la vida imposible. Rechacé indignada esa amenaza y no acepté su dinero. Eso fue el principio. Y he empezado a sufrir desde entonces las consecuencias de mi orgullo.

—¿Su padre llegó al extremo de ordenar... asesinatos? ¿Sólo por dañarla a usted? —le parecía a Zindo demasiado horrible esa posibilidad; su conciencia se resistía a aceptarla.

—Los hombres como Gaar Astrik son duros, despiadados... y no dan importancia a la vida humana. Si acaso, a una sola: la suya propia. Todo lo demás carece de valor. Están por encima de prejuicios, de ética, de conciencia y de moral. Sólo ellos, su propio yo, tiene importancia y valor. Son repugnantes, señor Knox.

—Sí, ya me doy cuenta —suspiró Zindo. Knox—. Pero usted supone que ahora, muerto él, esos atentados, sabotajes o como les quiera llamar, no se producirán en la Empresa.

—Justamente. Sin embargo, es una simple teoría. El riesgo subsiste. Por eso se le paga bien y no se le piden excesivas referencias ni datos sobre usted.

—Ya entiendo. Yo, sin embargo, quiero referirle algo sobre mí: he salido de una clínica psiquíatra, donde estuve confinado, atacado de demencia, durante un largo tiempo.

—¿Demencia ha dicho? ¿Y está totalmente curado hoy día?

—Sí. En un viaje espacial se averió mi casco protector y recibí los efectos

de una nube de polvo cósmico, cuyas radiaciones me afectaron la razón. Tuvieron que internarme, en muy grave estado. Ahora, cuando he salido, temiendo no tener trabajo ni gozar de la confianza de persona alguna, yo...

—Una pregunta, señor Knox —le atajó secamente Sonia Astrik—. ¿Ha sido dado de alta? ¿Posee el certificado clínico al efecto?

—¡Oh! eso sí, pero yo...

—Bien, es suficiente. Usted es, por tanto, un hombre normal. Ahora se entrenará durante los próximos días, como piloto de nuestras naves, para recuperar su forma y práctica anteriores. Y después, a la tarea, en representación de la «Brodman».

—Gracias por su confianza, señorita Astrik —sonrió Zindo Knox gravemente. Y tras una pausa, agregó—: Una pregunta aún, por favor.

—Bien. Dígame.

—¿Por qué su empresa se llama «Brodman»? Me sorprende, siendo usted Sonia Astrik, y habiéndose enemistado precisamente con su padre, a causa de la utilización de su nombre en todas las tareas comerciales y financieras...

Ella sonrió. Luego, abriendo un cajón, extrajo una placa metálica, que parecía ser de las utilizadas en propaganda o publicidad, por la Empresa en cuestión. Empezó a entender Zindo Knox, cuando leyó:

«Brodman Worlds Society
Viajes Comerciales del Espacio»
(Sucesores de «Interplanetarios Broderick y Manner»)
Presidencia y Propiedad:
Sonia Astrik
Vicepresidente y Socio-Consejero principal:
Hasper Broderick, Jr.

—Ahora entiendo —confesó, devolviéndole la placa—. Con la primera sílaba de Broderick y de Manner, formaron la «Brodman» anterior.

—Eso es. Una sociedad desprestigiada, que yo levanté con mi esfuerzo... hasta que empezó todo eso. Suponía que el señor Broderick le había hablado de eso.

—¿Broderick, hijo? —señaló la placa, sonriente—. Ni siquiera lo he visto nunca.

—Se equivoca —ahora fue ella quien dibujó una bella, sonrisa en sus ojos —. Es el hombre que ha ido a buscarle. El que le ha traído hasta aquí...

* * *

Zindo Knox salió un poco aturdido de la primera prueba o ensayo con la nave, pese a que ni siquiera despegó de tierra. Tendrían que pasar un par de

semanas, al menos, hasta que se sintiera en perfectas condiciones de navegar por el espacio exterior de la Tierra, en vuelos comerciales para la firma con la que se había contratado. Especialmente, los viajes de los pilotos interplanetarios tenían por destino las Colonias terrestres en Venus, Marte o la Luna, y algunos de los grandes satélites o estaciones espaciales artificiales, creadas por el hombre, en su conquista espacial.

Pero la segunda y tercera pruebas, en días sucesivos, empezaron a devolverle la confianza en sí mismo y en sus condiciones magníficas de piloto experto, rápido de reflejos, sagaz e inteligente, diestro y preciso en la maniobra y en la reacción fulminante, según las circunstancias. Además, su dominio de la astronáutica databa de sus principios como copiloto de la «Trans-Worlds Space Line», asociada a la Federación Internacional de Vuelos Interplanetarios.

Pese a su juventud, Zindo Knox, el atlético enjuto muchacho que había vuelto a la vida desde las tinieblas de su sinrazón pasada, era una primerísima figura del timón de las naves espaciales.

Fue a la cuarta prueba cuando Zindo, desde el pabellón de pruebas, tomó el audífono interior y llamó:

—Con el presidente, por favor —y una vez establecida la comunicación, añadió—: ¿Señorita Astrik?

—Sí, yo soy —respondió la voz femenina, suave y musical, de Sonia Astrik, la cabeza efectiva de la Brodman Worlds Society»—. ¿Qué hay, Knox?

—Buenas noticias. Todo marcha bien. Me siento seguro de mí mismo... al menos en tierra.

—¿Ya cree dominar el vuelo en la altura? —era vidente, pese a que no la veía, que la rubia y hermosa Sonia, la hija natural de Gaar Astrik, estaba sonriendo mientras hablaba.

—Sí. Mañana me elevaré por primera vez. La mecánica, la rapidez en los reflejos y el dominio del timón y demás mandos, creo que está recuperado.

—Le felicito. Es mucho más, en mucho menos tiempo del que yo había previsto. Avisaré a Broderick, para que disponga el vuelo de mañana. Pero antes preferiría que pasara la revisión médica definitiva en nuestro Departamento de Sanidad y Control Mélico. Así, no habrá riesgos inútiles en ese vuelo.

—De acuerdo, señorita Astrik. Iré a pasar esa revisión. ¿Debo presentar allí mi tarjeta de alta en la clínica mental?

—Solamente si en el examen médico le advierten algún factor negativo deberá presentarlo como justificante. Nada más, Knox.

—De acuerdo también en eso. Hasta pronto.

Colgó y se alejó, silbando alegremente, camino de la salida del pabellón. Al cruzar el umbral de esa salida, una voz conocida le interpeló a sus

espaldas:

—¿Todo marcha bien, Knox?

Se volvió. Era Broderick, júnior. Estaba erguido tras él, con su eterno atavío enlutado, y su aire grave, taciturno. Le contemplaba fijamente, con las manos en los bolsillos, reflexivamente.

—¡Hola! señor Broderick —saludó Zindo—. Creo que todo marcha perfectamente, sí. Acabo de informar al presidente.

—Muy bien. Le felicito. Los vuelos interplanetarios están interrumpidos, a excepción de los que hace nuestro único piloto en la actualidad. Espero que pronto se pueda unir a Clarence Mazard.

—¿Clarence Mazard ha dicho? —Zindo enarcó una ceja, con expresión perpleja—. No será el mismo Clarence Mazard que...

—¿Qué cometió dos homicidios y pasó por ellos diez años en presidio? Sí, es el mismo —sonrió Hasper Broderick, sarcástico—. No podemos andarnos con muchos miramientos en la elección de personal. No todos admiten un puesto en la B. W. S. Saben que es como alistarse a una misión suicida y eso no gusta a nadie.

—Ya veo —suspiró Zindo Knox—. Presidiarios, delincuentes, locos... Somos la clase de personal que aceptaría jugarse la vida con ustedes, como pilotos de sus naves comerciales.

—No se compare con Mazard y otros así. Usted un caso diferente. Si es cierto que ha pasado por la demencia temporal, eso no es sino un infortunio.

—Que, en otras circunstancias, me hubiera cerrado todas las puertas.

—Es verdad —aceptó Broderick—. Pero existe la circunstancia de que hay una Sociedad comercial de negocios interplanetarios, que precisa pilotos. Por eso está usted aquí. Y por eso está Mazard. Él tampoco hubiera obtenido trabajo jamás. Sin embargo, con nosotros tiene una tarea segura. Y hasta ahora ha cumplido a la perfección con toda honestidad. Las referencias personales no siempre tienen eficacia. He conocido a muchos ladrones y granujas que presentaron inmejorables referencias.

—Sí, entiendo eso —Knox asintió, reflexivo—. Me gustaría saber, sin embargo, si los demás pilotos desaparecidos eran también reclusos, enfermos o...

—No, no —denegó Broderick—. Eran gente perfectamente normal. Bueno, eso no quiere decir que usted no lo sea. Pero ellos... no ofrecían bache alguno en sus fichas. Es a partir de esas desapariciones, por lo que nadie ha aceptado trabajar con nosotros. Dicen que somos una empresa diabólica, que algo siniestro y horrible vive entre nosotros.

Sonreía, señalando en torno, y añadió tras un silencio:

—Y, sin embargo, ya ve: todo aquí es normal, claro, honesto. No discuto que haya podido existir hasta hoy algo maléfico. Pero estaba fuera de este lugar. Y quizás ha desaparecido ya.

—Junto con la vida de Gaar Astrik, ¿no es eso? —sonrió a su vez Knox.

—Ya veo que me entiende —Broderick asintió, pensativo—. Sí, es de esperar que al enterrar a ese maldito magnate en su monumento funerario a la usanza de los Faraones, se haya enterrado con él todo lo maligno y criminal que nos acechaba a Sonia y a mí...

—Ojalá sea así —suspiró Zindo—. Y naturalmente, soy el primer interesado en desearlo de todo corazón...

Hasper Broderick se echó a reír, mientras Knox se alejaba en dirección a un corredor, en el que se alineaban hasta siete ascensores automáticos, con destino a diferentes plantas y secciones de la B. W. S.

Tomó el que señalaba: «Departamento de Sanidad». Al cerrarse, partió vertiginosamente hacia arriba, sin detenerse un solo instante hasta que se iluminó el indicador de la planta seis. Al salir, se encontró con una recepción, donde una guapa enfermera de agresivo seno y cortísima falda blanca, sobre sus muslos, le tendió una ficha plástica, con una cifra en rojo.

Con aquella ficha pasó a otro departamento interior, donde una segunda muchacha de blanco y prieto uniforme, tan agresiva como la anterior, le atendió con obsequiosa sonrisa pasándole a un gabinete blanco, aséptico, impoluto, con olor a ácido fénico, que en el acto trajo a la mente de Zindo Knox desagradables recuerdos de su internamiento.

—Por favor, un momento —indicó la voz metálica de un amplificador oculto en el muro—. Será atendido enseguida...

Se sentó en un asiento cómodo, de espuma azul. No se sentía nervioso, a pesar de la influencia del lugar. Quizá la espera estaba destinada a probar el temple de los nervios del paciente. Si así era, el resultado fue negativo, porque Zindo no se sintió nervioso en ningún momento.

Por fin, una puerta blanca, metálica, se deslizó al fondo de la estancia. Apareció alguien, con la blanca, breve bata de su condición. Zindo abrió enormemente los ojos, al advertir la brevedad de la bata, sobre las piernas bien moldeadas, perfectas y esculturales...

De nuevo se encontraba frente a una mujer, como en el caso del presidente de la Sociedad. Cuando alzó la cabeza, mirando hacia el rostro de la doctora, lanzó una exclamación de estupor e incredulidad.

—¡Usted! —masculló—. ¡Doctora Barrow...!

Creyó, por un momento, hallarse de nuevo en el pasado terrible, demoledor. Entre los blancos muros de la clínica del doctor Studer... La doctora que apareció ahora, gentil y hermosa, sonriente y dueña de sí, para atenderle como jefe médico de la B. W. S., era la misma doctora Barrow que le cuidara como enfermo mental en la clínica de Studer...

.

CAPÍTULO III

MISTERIOS



E conoce? — inquirió ella, sorprendida—. Es curioso... Yo también creo haberle visto antes, en alguna parte... Pero no logro recordar dónde, sin embargo.

—Se lo diré yo— respondió Zindo, tras un leve silencio—. Me conoció en un lugar muy distinto a éste. Una clínica de enfermos mentales... La clínica del doctor Studer.

—¿Studer? —ella frunció el ceño. Reflexionó, con un delicioso mohín. Luego, habló con lentitud—. ¡Oh!; el doctor Studer... Sí, era una clínica psiquiátrica... Dígame, ¿qué era lo que hacía usted allí? ¿Estaba recluido?

—Yo... yo era uno de los pacientes. Zindo Knox... un loco.

Hubo un silencio. La sonrisa se borró del rostro de la bella y suave doctora. A través de sus gafas montadas en plata estudió largamente a su paciente, Luego, asintió con un lento movimiento de cabeza.

—Ahora entiendo —declaró—. Un paciente... Sí, creo recordarle muy bien. Usted... usted era piloto espacial. El doctor Studer dijo... que el polvo cósmico le enloqueció...

—Justamente, doctora. Usted me sirvió de mucho, con su sistema electroterápico... y sobre todo con sus palabras, con sus consejos y recomendaciones...

—Sí, lo entiendo, señor Knox. Gracias por recordarme tan bien. Paré poco tiempo allí. Fue una labor de colaboración especial la mía. Mi especialidad es otra, en realidad.

—También lo recuerdo. Bacteriología y electrónica aplicada a la Medicina. Pero si me curé, usted influyó en un setenta por ciento.

—Espero que también ahora pueda servirle —sonrió ella suavemente—. ¿Está empleado en la B. W. S.?

—Sí. Actúo como piloto para ellos. Pero estoy en período de adaptación. No podré sentirme seguro hasta... hasta que logre elevarme, volar, intentar supervelocidades en el espacio exterior...

—Le debo examinar para ver si está capacitado para ello, ¿no es así?

—Sí, doctora.

—Muy bien. Échese ahí —señaló una mesa quirúrgica, de superficie esponjosa—. Le someteré a varios test. Si responde bien, nada tendrá que temer. Si no, veremos el medio de dejarle pronto en situación de ser útil a su Empresa y a sí mismo...

—Estando en sus manos, doctora Barrow, creo que jamás podré sentirme mejor —sonrió Knox, lleno de confianza—. Jamás tuve tanta fe en nadie como en usted...

—Quisiera poder estar al nivel de esa fe —le contempló intensamente a través de los cristales de sus gafas—. Échese ahí, por favor... Todo terminará pronto, amigo mío.

* * *

Ella tuvo razón.

Terminó pronto. Y bien. Su informe no podía ser más halagüeño para Zindo Knox. Cuando lo pasó a la Sección de Vuelo, el funcionario de la misma le felicitó. Los datos escritos por la doctora Barrow fueron muy concretos:

«Zindo Knox, totalmente curado de su dolencia mental, ofrece perfectos reflejos, mente clara y despejada, agudeza y rapidez de pensamiento, y un estado físico excelente en todas sus partes. Clínicamente, se le concede el título de APTO para vuelos espaciales.

Firmado: *Doctora Alana Barrow*».

—Enhorabuena, amigo —declaró el hombre—. Esto le deja libre de problemas. Le deseo buen viaje. Creo que mañana hace su primer vuelo espacial de pruebas, según me han comunicado de la Presidencia.

—Sí, eso deseo y espero —sonrió Knox—. Y ese certificado me allana el camino. Creo que todo se pone bien para mí... mientras no desaparezca, como los otros.

—No lo creo —rio el empleado—. El culpable era un tipo cargado de millones, que ya pasó a mejor vida. El maldito Gaar Astrik, que Dios confunda.

—No es una manera muy piadosa de hablar de un muerto, ¿no cree?

—¡Oh! al diablo con él. Ni aun muerto se puede hablar bien de un tipo como Gaar Astrik. Era un monstruo, un tipo de acero y de piedra, que no sentía nada humano por nadie. Bien muerto está. Las muertes de más de una docena de pilotos espaciales pesaban sobre su conciencia, negra y malvada. ¿Quiere que todavía recemos por él una oración?

—Tal vea fuera lo mejor —suspiró Zindo Knox—. Se debe rezar por todos. Dios perdona siempre, si existe arrepentimiento en sus criaturas.

—Pero es que yo dudo mucho de que Gaar Astrik se arrepintiese de nada malo de lo que hizo en vida. Si de algo se arrepintió fue de todo lo bueno que pudiera haber hecho alguna vez.

Zindo Knox se alejó de la sección, diciéndose que había mucho odio allí dentro. Odio hacia una persona muerta. Era curioso que nadie sintiera piedad por el hombre fallecido. El odio que va más allá de la misma muerte es peligroso. Y tiene algo de estremecedor, de maléfico.

Empezaba a preguntarse si, lo mismo que el odio de aquellas gentes, no iría también el espíritu criminal de Gaar Astrik más allá de su propia muerte.

En cuyo caso sería cuestión de empezar a arrepentirse de haber aceptado la generosa, extraña oferta de la «Brodman Worlds Society».

Porque detrás de esa oferta quizá se hallaba la muerte.

O algo peor...

* * *

Ya había quedado atrás la Tierra.

Era apenas una esfera ligeramente oval, como un balón de rugby, perdida en el infinito, como suspendida en una negrura densa, impenetrable, donde su azul brumoso, turbio, fuese una laguna, un oasis de vida, de pálpito humano.

Zindo Knox había presenciado muchas veces esa misma imagen. Pero hacía tanto tiempo de ello...

Zindo, ahora, volvía a sus rutas invisibles e inmensas, más allá del espacio terrestre, en el Cosmos infinito, conquistado por el hombre en una pequeñísima parte, a pesar de lo cual se consideraba un paso de gigante en el progreso de los humanos hacia las estrellas.

Aquellas rutas de progreso, de avance técnico y humano, podían ser también rutas de muerte, de extravío eterno, de olvido por los siglos de los siglos, de no regresar jamás a la base de donde partiera.

Quizá los hombres desaparecidos en el cumplimiento de su deber, pilotando naves de transporte comercial, de alcance interplanetario, a través de miles de millones de millas, estarían ahora en cualquier punto de aquel inmenso concierto de mundos, de vacío y de astros fulgurantes, de nebulosas y de masas cósmicas, perdidos por una eternidad.

Era inútil buscarles. Inútil tratar de dar con ellos. Harían falta cientos de siglos, sólo para encontrar un leve rastro, un indicio... si es que llegaba a hallarse.

Zindo Knox trató de olvidar todo eso. Debía centrar su atención única y exclusivamente en el vuelo espacial, en los problemas de su tablero de mandos, tan complicado ahora, después de la larga inactividad y el vacío

mental, un espacio en blanco entre dos épocas...

Aceleró la nave, hasta alcanzar el límite de la supervelocidad, o marcha ultralumínica. Siguió gobernando perfectamente la nave. Al otro lado de las ventanillas, nada era visible ahora. Ni astros ni espacio, absolutamente nada. La supervelocidad hacía que el ojo humano, incapaz de adaptarse a marcha tan asombrosa, pudiera centrarse en objeto o color alguno. Aquello parecía la nada real y absoluta.

Sonrió. Todo iba bien. Empezó a recuperar la fe en sí mismo y en su capacidad. Después de todo, las cosas volvían a ser iguales y el panorama se presentaba alentador, lleno de agradables y luminosas perspectivas, para un hombre que, poco antes, no confiaba absolutamente en nada ni en nadie. Y menos que en persona alguna, justamente en sí mismo.

Luego, tras un vuelo superlumínico de varios minutos de duración, viró la nave y emprendió el regreso a la Tierra, enmendando el rumbo, según las líneas coordinadas de su tablero luminoso de orientación.

Ahora ya podía informar a su Empresa satisfactoriamente. Podía navegar por el espacio. Podía volver a su tarea de siempre. Y allí, entre los astros, no temía a nadie. Ni siquiera a la siniestra amenaza del desaparecido Gaar Astrik.

* * *

—Le felicito, señor Knox —sonrió suavemente Sonia Astrik, la presidenta de la B. W. S.—. Ha logrado vencerse a sí mismo, que era lo más importante. Yo tenía fe en usted, con sinceridad. Y, naturalmente, sigo teniéndola.

—Gracias. Procuraré estar a la altura de esa fe suya —suspiró Zindo Knox —. ¿Cuándo puedo hacer ya un vuelo regular, de línea comercial?

—Empezará con uno sencillo, amigo mío. Así irá progresivamente volviendo a su anterior forma. Un viaje al planeta Venus, con una carga de aurita, para la Colonia Marte-6.

—De acuerdo. Creo que es una medida prudente, señorita Astrik. Para más largos viajes es preferible que tenga plena seguridad en mis fuerzas. Y ahora empiezo a tenerla.

Ella no habló inmediatamente. Avanzó, con paso lento, serena, majestuosamente, hacia el gran ventanal situado a su espalda. Lo abrió, dando a una terraza audaz, semicircular, asomada sobre los prados circundantes. Señaló en la distancia, hacia la gran urbe cercana, que en el atardecer empezaba a salpicarse de luces.

—Mi padre llegó a creer que era amo y señor de todo, Knox —dijo ella lentamente—. Dominó toda esa ciudad, sus finanzas, su pulso, su pálpito de vida. Pero no pudo conmigo. No logró doblegarme. Ahora, él ya no existe. Resulta doloroso que una hija hable sin piedad de su padre. Créame, a veces casi me siento humana, y me enternezco. Quizá sea la sangre de los Astrik la que no me deja ablandarme con frecuencia.

—Yo no creo que la sangre lleve el mal de una familia a sus descendientes —opinó Knox—. Usted, parece que lo es. Y que la sangre de Gaar Astrik hablar así. No es justo. Usted es mi jefe, mi presidente, y yo...

—No, no —sonriendo, se volvió hacia él. Respiró, con cansancio—. Hace tanto tiempo que nadie me habla como a una mujer... Soy «el presidente». Y así me tratan. Usted... usted, involuntariamente, me ha recordado que también soy eso: una muchacha. Incluso ha dicho que soy buena. ¿Lo cree de veras?

—Sí. Apenas la conozco, señorita Astrik. Pero me parece que lo es. Y que la sangre de Gaar Astrik nada ha podido influir en su modo de ser...

—Le agradezco que piense así de mí. Si yo pudiera estar tan segura... —se tocó el seno izquierdo, con mano vacilante—. A veces... creo que hay algo perverso aquí, dentro de mí. Algo que me hace ser una mujer distinta, dura y egoísta. Una mujer que trata de llegar adonde nadie llegó jamás...

—¿Adónde? —sonrió Knox. Señaló al cielo, azulado por el anochecer, donde ya centelleaban los astros nítidamente—. ¿A aquellas remotas regiones astrales?

—No, no solamente ahí. Hay otros lugares en el Cosmos. Incluso... incluso creo que hay otros Cosmos...

—¿Otros Cosmos? —Knox enarcó las cejas—. Ahora sí que no la entiendo...

—Existe un Microcosmos, Knox. Un Universo asombroso, dentro de cada átomo. Existen también otra especie de mundos, otra escala de vidas, quizás orgánicas quizá no... A veces, me gustaría penetrar ahí, en esas zonas ignotas, inexploradas. Como un microscopio que alcanza a descubrir bacterias y microbios, por ejemplo...

—Una vez oí hablar de Ultracosmos e Infracosmos —asintió pensativo Knox. Luego, sonrió burlonamente—. Pero, naturalmente, eran simples teorías matemáticas o filosóficas. En realidad, solamente hay vida real, tal y como nosotros la imaginamos, en nuestro propio Universo. Lo demás son lucubraciones, formas de expresión de ciertas ideas... Incluso dentro de nuestro Universo, las más lejanas estrellas y sistemas solares tendrán acaso formas de vida realmente increíbles, que jamás imaginará nadie.

—Veo que sabe a lo que me refiero —dijo ella, con una sonrisa—. Pero no comparte mis fantasías. Es un hombre positivista, ¿no es cierto?

—Pues... sí. Sí creo serlo. Las fantasías son factibles de creer en nuestro siglo XXII, pero... solamente hasta cierto punto. Hay zonas que rebasan los límites de lo admisible. Y entonces hay que acoger toda teoría con muchas reservas.

—De todos modos sigo anhelando límites y lugares no pisados ni vistos por nadie —musitó ella—. Quizá porque soy una Astrik en el fondo y ambiciono ser más que los demás, llegar adonde nadie pudo llegar ni llegará... Soy mala. En el fondo, sé que soy mala. Y no quisiera serlo... Nunca quisiera

que la sombra de los Astrik se proyectase sobre mí, como una fatalidad...

Inclinó la cabeza. Knox observó que algo brillante se deslizaba de sus ojos, a lo largo de sus tersas, marfileñas mejillas... Una lágrima furtiva. Hubiera deseado acercarse a ella, rodear su breve cintura con un brazo, besar aquel rostro virginal y hermoso.

Pero se contuvo. Ella era su presidente. Caminó despacio, hacia la salida del despacho, dejando sola a la joven, con su alta figura enlutada, hermosa y femenina, erguida ante la balconada que asomaba a la campiña.

Ya cuando salía, escuchó el murmullo de la voz de Sonia Astrik:

—Gracias, Knox... Gracias —y evidentemente, lo decía por su delicadeza al dejarla sola.

Knox sonrió. Y abandonó definitivamente la estancia.

* * *

El día aquel era el de la prueba. El primer viaje aéreo. Destino: Venus. Un viaje sencillo, en aquellos tiempos de gran avance técnico en vuelos espaciales.

La nave estaba a punto, la carga en ella. Zindo Knox no durmió bien la noche anterior. Y con un nerviosismo inevitable prefirió abandonar el lecho cuando aún no había amanecido.

Con las primeras luces del alba llegó al gran edificio de la B. W. S. El portero de la gran edificación le contempló perplejo, al dejarle paso.

—Diablo, sí que ha madrugado, señor Knox —observó con extrañeza el empleado—. ¿Cree que va a llegar tarde a la hora de salida de su nave? Porque aún faltan casi cuatro horas para eso...

—Ya lo sé. No podía dormir y he preferido acercarme. Tomaré café y leeré o veré la televisión en la cámara de descanso de la aeropista.

—Bien, allá usted —el empleado se encogió de hombros—. Ya supongo que tendrá nervios en un día así. Le deseo suerte.

—Gracias, amigo —dijo Zindo, continuando su marcha hacia la zona del edificio, en la parte posterior de éste, donde se hallaban las pistas especiales para despegue de naves de línea, propiedad de la Compañía B. W. S.

Allí estaba la sala destinada a bar y recreo de pilotos. No había nadie tampoco. Zindo se sentó, se sirvió café del receptáculo automático, hojeó los telediarios que salían del impresor automático, y echó una ojeada indiferente al programa matinal de la Scopiovisión. Aburrido, bostezó, cerrando el receptor. La pantalla se oscureció.

Se puso a caminar por las amplias galerías desiertas. Se detuvo frente a una gran puerta metálica, amplia, herméticamente cerrada, leyó en ella:

«PROHIBIDO TERMINANTEMENTE EL PASO.

TALLERES ESPECIALES Y LABORATORIOS DE
LOS SERVICIOS TÉCNICOS DE LA B. W. S.».

Se dispuso a seguir adelante, pese a que la advertencia le intrigó. Entonces vio doblar el recodo de la galería a un empleado uniformado del edificio, que le miró curiosamente. Al reconocerle, le saludó cordialmente.

—Mucho madrugamos el día de su vuelo, señor Knox —observó el hombre.

—Sí, no era fácil conciliar el sueño —sonrió Zindo. Señaló la gran puerta e interrogó—: ¿Qué clase de talleres son esos, para prohibir el paso tan radicalmente?

—¡Oh! ahí se guardan los planos, patentes y demás secretos de la firma —explicó el otro, encogiéndose de hombros—. Solamente dos personas tienen la llave: el presidente y el señor Broderick. Nadie más puede entrar ahí, señor Knox.

—Entiendo. Gracias, amigo —siguió adelante, y el empleado se alejó.

Llegó a las pistas y las escudriñó, con aire tenso. Vio su nave, la número once. Una bella, esbelta forma roja y blanca, situada sobre su rampa de lanzamiento.

Apretó los labios con firmeza. Valía más no ponerse nervioso. Dio media vuelta, e inició el regreso por las desiertas galerías y naves del gran edificio de la B. W. S.

Se plantó, perplejo, en medio de la galería donde antes se cruzara con el guardián de la zona. Parpadeó, mirando hacia la puerta metálica de paso prohibido.

Había una razón para su perplejidad: la puerta estaba abierta.

* * *

En realidad, sólo estaba entreabierta. Pero él sabía que diez minutos antes aquella entrada aparecía herméticamente ajustada. Y nadie sino Broderick y Sonia tenían las llaves, lo había dicho el funcionario. Por tanto, uno de ellos estaba dentro.

Vaciló. Luego, se dijo, que estando alguien de los «peces gordos» allí, no cometía delito alguno cruzando aquella puerta. Lo hizo, encontrándose en un corredor iluminado por lámparas verdes, en los muros metálicos, lisos.

No vio a nadie. Pero al fondo se distinguía una luz que no era verde, llegando por el hueco de una escalera circular que descendía. Avanzó hacia allá, con paso rápido y seguro.

Sabía que no debía hacerlo, pero había algo inexplicable que le impulsaba a meter la nariz en aquello. Y eso era justamente lo que estaba haciendo, a pesar suyo.

Zindo Knox se detuvo al pie de la escalera. Siguió luego adelante, descendiendo los peldaños, iluminados por una fuerte luz blanca, indirecta. Abajo oyó rumor de pasos. Se detuvo, a media escalera, escudriñó hacia abajo y llamó:

—¡Señorita Astrik! ¿Es usted? ¿O es el señor Broderick?

Su voz resonó huecamente. Nadie respondió. Y, cosa rara. Los pasos sonaron precipitados, cada vez más débiles. Como si la persona que caminaba poco antes hacia la escalera huyese ahora, al sonido de su voz.

Knox era un hombre que razonaba rápida y fríamente. Tenía reflejos extraordinarios, incluso en las circunstancias más imprevistas, a causa de su experiencia en vuelos peligrosos. Su razonamiento, ahora, le dijo, que aquella persona no era la Astrik ni Broderick.

Al percibir aquel cambio brusco en las pisadas, se lanzó vertiginosamente escalera abajo. Alcanzó el pasillo inferior, también de muros metálicos. Escudriñó a uno y otro lado. No vio a nadie. Pero el sonido de una tos le llegó de su derecha, donde el corredor parecía no tener salida, para morir en un muro metálico. Por el otro lado, el corredor se bifurcaba en dos.

No vaciló. Se lanzó hacia la zona sin salida visible.

Llegó a ella en menos de cinco segundos. Ceñudo, observó la pared metálica, erguida frente a él.

No podía haber salido nadie por allí. Lo contempló, con estupor, preguntándose qué hacer para continuar la búsqueda. Acaso se había dejado engañar por un eco, una resonancia equívoca. Pero hubiera jurado que no era así, cuando inició aquel camino.

Y el camino había terminado ya. Desalentado, se dispuso a registrar cada palmo del muro metálico, en busca de una puerta secreta. De cualquier modo, allí ocurría algo extraño, misterioso. Quizás un intruso, un ladrón... o un asesino. Y quería dar con él.

De pronto, percibió el roce a sus espaldas. Roce de pasos lentos, cautelosos.

Giró sobre sí mismo rápida, violentamente. Se enfrentó a alguien que había en el corredor, que avanzaba hacia él... con una pesada barra de acero en la mano. Una barra rematada en un gancho temible, mortífero...

Un gancho que dirigió contra su rostro, para destrozárselo brutalmente...

Y con ser eso realmente terrible, lo más estremecedor y pavoroso de todo, era el aspecto demoníaco, aterrador, del ser que esgrimía aquel objeto...

CAPÍTULO IV

MISTERIOS… Y HORRORES



UEVAMENTE Zindo Knox utilizó su agilidad, su elástica precisión y su rapidez de reflejos.

De otro modo, aquél hubiera sido su final. Un espantoso final, despedazada su cabeza por un garfio mayor que su propio rostro, ganchudo y acerado, con una punta agudísima...

Las manos que esgrimían aquella arma temible eran manos demoníacas, espectrales. Y el ser que, al eludir Knox con una finta magnífica y un salto elástico el impacto de muerte en sus facciones, digno de un relato de pesadilla, de un horror que nadie hubiera imaginado...

Aquel hombre... a lo que fuese... tenía unos ojos inyectados en sangre, dilatados hasta casi salirse de sus órbitas, bajo una pelambrera densa y repugnante, como la de una bestia surgida de una jungla. Los labios, blancuzcos y resecos, dejaban asomar entre ellos sus dientes, amarillentos y putrefactos, una lengua infecta y negruzca, que movía como la de un perro, al jadear de forma inhumana... Los largos brazos huesudos, pura piel y hueso... las piernas descarnadas, flaqueantes, horribles, a través de los jirones de sus ropas, que sin embargo eran ropas de ser humano, aunque sucias y astrosas...

Zindo Knox, angustiado, mientras eludía el golpe de la tremenda pértiga de acero, procuró dominar el asco, el horror, la incredulidad terrible que le producía aquel ente abominable, con un efecto casi paralizador sobre sus músculos y nervios.

—¡Dios mío! —jadeó Knox, lívido, pegándose a un muro lateral del corredor—. ¿Qué clase de maldita bestia eres?

Aquel babeante ser infernal respondió con un gorgoteo inadmisible en un ente humano. Sus piernas descarnadas se movieron ágiles, pese a su flojedad, lo mismo que las manos huesudas, esqueléticas, de piel escamosa, casi leprosa... y de nuevo la pértiga fue, violenta y cruel, al encuentro de la epidermis de Knox, para desgarrársela brutalmente...

Zindo Knox saltó nuevamente de costado, evitando el impacto terrible. La ganchuda extremidad de la barra metálica golpeó con una vibración brusca en

el metal del muro. Knox, con una zambullida agilísima, saltó sobre el hombre y su arma.

Aferró la pértiga con manos firmes, tiró de ella brutalmente. Las manos del hombre esquelético y repugnante soltaron la mortífera pieza, que Knox dominó a su antojo. Con ella en las manos, se encaró al enemigo que pretendiera matarle.

Aquél chilló con una voz ratonil, y cayó de rodillas. Sus huesos sonaron seca, duramente, contra el pavimento de plastmetal. A Knox le hubiera sido muy simple lanzar un golpe de pértiga, brusco y rudo, para despedazarle la cabeza. Pero no lo hizo. En el fondo, la repulsiva criatura le causaba una compasión instintiva, inevitable.

Sin saber por qué, pensó en el viejo capitán Flynn de «La Isla del Tesoro», cuando emergió como una bestia, entre la jungla. Aquella situación tenía algo de común con la novelada por Stevenson. Sólo que aquí... no había jungla, sino corredores metálicos, una selva de acero y plastmetal, en pleno siglo XXII, y en una Empresa de navegación comercial por el espacio.

Knox, plantado frente al hombre, le oyó balbucear sonidos extraños, como palabras apenas comprensibles, entre sus labios babeantes, resecos y blancuzcos. Creyó captar, incluso, algún sonido concreto:

—...debo... volver... El tiempo... se acaba...

—¿Eh? —Knox clavó sus ojos en el ente que casi se arrastraba ante él. Mantuvo en alto la pértiga, como una amenaza que redujera los instintos feroces del horrible ser—. ¿Qué es lo que estás diciendo? ¿Quién eres tú y de dónde saliste?...

De nuevo los labios repugnantes se movieron, en la cara enjuta, agrietada y sucia, de aquel hombre reducido a la más ínfima condición humana que podía darse. Y de nuevo Knox le comprendió, le captó las palabras, dichas entre tartajeos, gruñidos y toda clase de extrañas voces guturales:

—... Debo... volver... Es... tarde... —jadeó, espumeando su boca, con un gruñido sordo inhumano, para añadir, arrastrándose virtualmente por el suelo, en dirección a la puerta lateral cerrada, de cuyo quicio saliera para agredir a Zindo por la espalda—. No... puedo... continuar aquí... Perdón... perdón, Dios mío... Ya vuelvo... ya vuelvo a mi mundo... Tengo que... volver... o no podría entrar... Se termina... Se termina mi vida... aquí...

Parecía demente. Hablaba de otro mundo, de que se terminaría su vida si no abandonaba éste... Zindo Knox comprendió que desvariaba. Quiso ahondar más. Le preguntó, con rapidez, siguiéndole hacia aquella puerta:

—Pero... ¿quién es usted? ¿Quién es?

Los ojos inyectados, estremecedores, del viejo esqueleto, le miraron lastimeramente. De su boca fluyeron dos palabras solamente:

—Nihls Ordham... —se arrastró un poco más, alcanzó la puerta y empezó

a empujarla, moviéndola suave, silenciosamente. Knox le siguió en silencio, pero él giró la cabeza, agitando su fea pelambrera, y musitó—. No... Nunca lo haga... No me siga... ¡No me siga...! ¡No puede entrar en nuestro mundo... TODAVÍA!

Knox se estremeció. Le vio desaparecer tras la puerta. Entonces, rápidamente, tuvo un pensamiento, una idea fugaz. Conocía aquel nombre. Nihls Ordham... Nihls Ordham... ¿Dónde lo había oído antes?

La recordó de súbito. Era el nombre de un conocido piloto espacial. ¡Un piloto que figuraba en la lista de desaparecidos de la B. W. S.!

Trémulo, confuso, alzó la mirada. Descubrió que la puerta se estaba cerrando. Rápido, saltó como un tigre sobre aquella puerta. Logró contrarrestar la fuerza mecánica que la movía, al menos por un segundo. La abertura cedió lo suficiente. Y penetró tras del hombre viejo y astroso, tras aquella piltrafa humana, difícilmente inidentificable como un ser racional...

Se encontró en un lugar increíble.

Porque allí no había nada. Ni hombre, ni aparatos, ni laboratorios, ni nada de nada. Solamente una especie de corto corredor, un pasillo de no más de un metro y medio de longitud. Con otra puerta que se estaba abriendo al otro lado, con tanta lentitud como se cerrara la anterior.

Y ocurrió algo curioso. La puerta que se abría, nada más pisar él aquel corredor, se cerró automáticamente, con un golpe seco. Algo así como un gemido, un lamento terrible, de agonía real, surgió de alguna parte, del vacío tal vez, del aire mismo que rodeaba a asombrado Zindo Knox, en el breve corredor metálico.

Perplejo, giró la cabeza, miró en torno, realmente angustiado. Allí no había nadie. Y, sin embargo, la voz parecía llegar de su propio lado, junto a él. Como si hubiera fantasmas o seres invisibles...

Sintió un hormigueo peculiar en sus piernas. Inclinó la cabeza, sorprendido. Entonces descubrió que aquello no estaba realmente «vacío». Además de él había «algo» más...

No sabía de dónde habían llegado. Pero unas larvas extrañas, unos gusanos pestilentes, amarillentos, se arrastraban por entre sus pies. Cuatro o cinco de ellos habían empezado a reptar, con un deslizamiento nauseabundo, por encima de sus piernas.

Asqueado, sacudió la pierna. Las larvas, gusanos o lo que fuesen, saltaron, revolcándose por el suelo. Los contempló, con gesto de repugnancia. Habría una veintena al menos. Acaso eran el rastro que había dejado el asqueroso ser de la pértiga...

Aquellos gusanos despedían un olor infecto, repugnante, y dejaban tras de sí una baba que provocó un escalofrío a Zindo, porque le recordó la babosa boca del hombre del corredor.

Resueltamente alzó su pie, y empezó a triturar a los gusanos, aplastándolos con viveza.

Sucedió algo espeluznante.

Un grito horrible, un alarido de agonía, de dolor infinito, de muerte acaso, brotó de aquel corredor vacío, de ALGUNA parte no localizada, e imposible de localizar. Zindo Knox se revolvió, muy pálido, clavando sus ojos dilatados en el cerrado recinto de escasa longitud y menor anchura, en un vano empeño por dar con el origen de aquel alarido estremecedor.

No vio nada. Allí no había nadie más que él... y los gusanos aplastados a sus pies.

¡LOS GUSANOS!

Los miró, con expresión de horror. Cuando los aplastó, cuando acabó con ellos... es cuando sonó el grito aquél. Y el hombre enjuto, el ser esquelético... no había tenido tiempo material de cruzar el corredor cuando él les siguió.

Evocó sus palabras confusas, tartajeantes: «Debo volver... a mi mundo. El tiempo se acaba... Se termina mi vida... aquí... Nunca me siga... No puede entrar en nuestro mundo todavía...».

Aquel hombre... y ahora unas larvas hediondas a sus pies... Babeantes como él... Trémulo, se apoyó en el muro, se pasó una mano nerviosa por el rostro, la retiró bañada en sudor...

No, no podía ser aquello. Era demasiado horrible, demasiado inaudito...

Las sienes le latían, el corazón palpitaba con fuerza, continuadamente. Como en la clínica, cuando... cuando estaba loco.

Cuando estaba loco...

—Dios mío... ¿Volveré... volveré a enloquecer? ¿Estoy loco otra vez? —susurró con voz sorda, entre sus labios, repentinamente secos y repentinamente crispados en una mueca de horror sin límites—. No puede ser... tanto infortunio. Yo he visto a aquel hombre... ¡Yo he oído esos gritos aquí, aquí mismo... aunque no hay nadie más que yo y esos... esos infraseres, esos gusanos repugnantes...!

Recobró el aliento, poco a poco, dominando con dificultades su horror, su angustia sin límites... Miró, como fascinado, al suelo. De allí sus ojos fueron a la puerta cerrada. Se acercó. Trató de abrirla. Era en vano. La puerta no se abría...

¿Qué podía hacer allí detrás?

Sólo existía un medio de descubrirlo. Buscar a alguien en la Empresa, pedir que abriesen aquello. Tenía que ser ésa la forma de indagar.

Pero para ello tenía que salir de allí, abandonar aquel recinto metálico, retorcido, sinuoso. Giró la cabeza. Tendría que presionar la otra puerta, luchar por salir de allí. Y si no le oían, si nadie acudía, si la puerta no cedía... Estaría encerrado allí hasta perecer sin aire y sin auxilio exterior alguno.

La idea era espeluznante. La apartó de sí con ira, aunque sabía lo muy lógica que era, a la vista de las circunstancias. Si se abrían automáticamente todas las puertas, por medio de un mecanismo oculto, cuyo funcionamiento él ignoraba... ¿cómo podría abandonar aquel cepo monstruoso de metal?

Rabioso, empezó a golpear la puerta con ambos puños, consciente de antemano de su impotencia para franquearse el paso.

Se llevó una enorme sorpresa. Una sorpresa agradable y esperanzadora, pese a la primera idea de recelo que le asaltó.

La puerta estaba deslizándose, tras haberla golpeado él. Suave, silenciosamente, le abría paso libre para salir de aquel lugar de pesadilla...

Convulso, la cruzó sin detenerse a pensar en nada. Abandonó el corto corredor, salió, con un gemido de alegría, al pasillo externo, donde luchara con el hombre enjuto y horrible. Se detuvo, mientras la puerta volvía a cerrarse tras él. Enjugó el sudor de su rostro, con mano nerviosa.

Buscó por el suelo. La pértiga sería la explicación clara, convincente, de que la lucha había sido real, de que el hombrecillo esquelético existió, en algún plano más real y físico que su propia mente, enferma hasta tan poco tiempo antes...

Zindo Knox se estremeció. Sintió un frío sutil bajo su epidermis, un temblor extraño en sus rodillas. Gracias a que estaba apoyado en el muro, no se tambaleó o cayó al suelo metálico y terso.

Allí no había pértiga alguna. Ni la más leve señal de lucha, o de la presencia de aquel hombre...

* * *

Tambaleante, aturdido como nunca lo estuviera, salvo al salir de sus tremendas pesadillas en la clínica del doctor Studer, Zindo Knox avanzó a través de las galerías y subió la escalara circular, alcanzando la planta alta. Allí se encontró ante la puerta prohibida, la de acceso a la planta misteriosa de la empresa comercial del espacio.

Temió, por un momento, que estuviera cerrada. Y realmente lo estaba. Pero en su interior poseía un resorte visible, una célula fotoeléctrica de gran sensibilidad, que Knox identificó enseguida.

Aproximóse, haciéndola funcionar con el simple paso de su cuerpo ante la proyección infrarroja, y por tanto invisible, de aquel ojo magnético. En el acto, sin ruido, sigilosamente, la puerta comenzó a deslizarse. El paso quedó franco.

Zindo Knox salió al exterior. Lenta, dificultosamente, con paso torpe, aferrándose a los metálicos muros, para no caer de un momento a otro. Luego, miró en torno suyo, a la larga y desierta galería, que conducía hasta las aeropistas de las que él mismo tenía que partir poco después, a bordo de una nave comercial, rumbo al espacio exterior.

Se volvió un instante. La hoja de acero se cerraba. Lenta, inexorablemente, como todo mecanismo automático, una vez cumplida su finalidad. No trató de evitarlo. No resolvería nada con eso.

Una vez herméticamente ajustada la hoja metálica, el rótulo prohibitivo quedó a la vista, campeando para cualquiera que cruzase por allí. Seguía en el misterio un punto: ¿quién abrió aquella puerta, mientras él fue y volvió de las aeropistas? ¿Dónde estaba ahora la persona que entró y que, según el vigilante de la zona, solamente podía ser Hasper Broderick o Sonia Astrik?

Eran demasiadas cuestiones. Sentíase aturdido, confuso, lleno de inquietudes y de angustias indescriptibles. No quería pensar más, no deseaba sumergirse en un mar de alucinaciones sin respuesta lógica, porque sentía que entonces su razón volvería a bordear la demencia, el terror ya sufrido antes, el miedo a lo oscuro, a lo desconocido, a lo terrible, situado más allá de la conciencia y del sentido, en el mundo de lo irreal.

Únicamente una persona podía ayudarle en aquel trance. Una persona que quizá comprendería y le prestaría, apoyo, en el duro trance, en la duda atroz entre la demencia y la fría lógica razonable.

La doctora Barrow. Ella era la que quizá pudiera averiguar si eran posibles los delirios, las visiones como la que acababa de sufrir... o todo podía ser real.

Se apresuró, avanzando a través de galerías y corredores, en dirección a la Sección de Sanidad. Tomó un ascensor automático, llegó allí, y pidió ver a la doctora Barrow. La empleada del exterior le sonrió con aire frívolo al notificarle:

—Lo siento, señor. La doctora Barrow no ha empezado aún su consulta. Tardará aún en llegar cosa de media hora. A veces está aquí mucho antes, pero eso no es seguro...

Asintió desalentado. Sabía que si esperaba más, si no podía hablar con alguien, se volvería realmente loco, tendrían que volverle a internar en la clínica de Studer. Y esta vez quizá para siempre.

Salió precipitadamente del consultorio. Tan precipitadamente que chocó bruscamente con alguien que venía en dirección opuesta.

—Cuidado, Knox —avisó una voz cordial—. ¿Qué es lo que le sucede?

—¡Oh! nada, nada... —jadeó, alzando la cabeza. Se encontró con Hasper Broderick, que le sonreía, con algo de expectación—. ¡Ah! es usted... Me... me encuentro algo nervioso, señor Broderick. Eso es todo.

—Sí, ya veo. Está pálido, algo desencajado... Su frente transpira. Diablos, ¿qué es lo que ha podido ponerle tan nervioso? ¿Acaso el hecho de volar hoy? No lo creo.

—No, no solamente eso —iba a hablarle, a referirle todo, pero apretó los labios resueltamente. No quiso exponer una sola palabra de lo sucedido aquella mañana, poco antes, en la planta prohibida del edificio. No era

prudente. No sabía por qué, pero no era prudente. No se fiaba del hombre enlutado y serio que formaba, con Sonia Astrik, la sociedad de aquella firma comercial del espacio. En voz de eso, añadió roncamente—: Hoy tuve un sueño horrible. Me vi en el espacio, tripulando mi nave... en medio de sombras y peligros espantosos...

—Bueno, eso no tiene importancia —rio Broderick, palmeando amistosamente su espalda—. Sólo ha sido un sueño. Olvídelo.

—No es fácil olvidarlo. Yo viajaba, por un espacio oscuro... y de repente veía que no iba solo. Un copiloto me acompañaba —mintió, descarada y fríamente, con la mirada fija en Broderick, que aún sonreía—. Y aquel copiloto me decía que se llamaba Nihls Ordham...

La sonrisa se borró de las facciones amistosas de Hasper Broderick, júnior. Y también su color sufrió un serio, quebranto repentino.

—¡Nihls Ordham! —masculló, enarcando las cejas—. Ése... ése era uno de... de los desaparecidos, Knox. ¿Lo sabía usted?

—No —mintió Zindo—. Lo ignoraba, aunque su nombre sí lo conocía. Fue... fue como si ese Ordham quisiera avisarme de algo. En mi sueño, me señalaba al exterior, me gritaba algo que yo no entendía... y de repente me encontraba solo. Él no estaba. En su lugar, legiones de gusanos me atacaban...

La palidez de Broderick, ahora, era realmente terrible. Apretó los labios, los humedeció con la punta de la lengua, un momento después, y por último habló roncamente:

—Extraño sueño, Knox... Pero fue sólo un sueño. No tenía por qué preocuparse. ¿Y sólo por eso ha venido... a ver a la doctora Barrow?

—Sí, pero ella no está aún. Me hubiera sentido mejor hablando con ella.

—Lo dudo. ¿Qué puede hacer un médico, aunque sea tan bonito como la doctora Barrow, para aliviarle, a uno la inquietud de un sueño absurdo?

—No lo sé. Pero recuerde que yo estuve enfermo, demente. Mi razón puede desequilibrarse, con una simple obsesión así. La doctora podrá ayudarme en eso.

—¡Oh! entiendo —admitió Broderick, vacilante—. Bien, le deseo que todo vaya bien. Y no sufra por sus sueños. Mientras no se demuestre lo contrario, los sueños no son más que sueños, a pesar de lo que invente la fantasía de las personas. Eso viene sucediendo desde hace siglos. Por cierto, Knox, aún no sé dónde estuvo internado. ¿Fue en el Centro Nacional de Medicina Mental?

—No, no. Fue en una clínica privada. En el establecimiento psiquiátrico del doctor Studer.

—¿Studer? —la expresión de Broderick fue muy rara—. Es curioso...

—¿Por qué es curioso?

—Porque esa clínica, en realidad, estuvo siempre financiada y dirigida por el propio Gaar Astrik, el padre de nuestra presidenta...

Y sin añadir más, Hasper Broderick se alejó, dejando a Knox sumido, de nuevo en un mayor asombro. Y en un desconcierto más, unido a los muchos que ya padecía...

Se dispuso a alejarse, sin dirección concreta, a consumir su tiempo en alguna parte, en espera del momento de partir con la nave comercial hacia el espacio exterior, rumbo a Venus. Ya ni siquiera creía que fuese conveniente o útil ver a la doctora Barrow.

Algo raro estaba sucediendo en la «Brodman Worlds Society,» y no sabía lo que era. Pero Broderick tenía miedo a algo O miedo por algo. Sabía más de lo que decía, ciertamente. Y los pilotos desaparecidos, entre los que se contaba Nihls Ordham, ¿adónde habían ido a parar?

Estaba seguro de que no había habido alucinación alguna aquella mañana. El vio a Ordham convertido en una piltrafa dentro de aquel sector prohibido del edificio. ¿Por qué? ¿Cómo?

Luego, había desaparecido... y Knox tenía la espantosa idea de que Ordham, casi ante sus propios ojos SE HABÍA TRANSFORMADO EN UN GRUPO DE GUSANOS MISERABLES Y BABOSOS, que él aplastó bajo su pie...

El pensar eso abierta, crudamente, le hizo estremecer. Luego, de nuevo, por segunda vez en pocos minutos, tropezó con alguien. Lanzó una imprecación nerviosa, excitada. Sus ojos se clavaron en la esbelta cintura, las redondas caderas... Subió hasta el seno juvenil, atrevido. Y llegó al rostro, a la mirada inteligente y risueña tras las gafas de montura de plata.

—¡Doctora Barrow! —suspiró, al reconocerla—. Gracias a Dios... Es usted la persona a quién he estado buscando...

CAPÍTULO V

¿DEMENCIA?



NTRARON en el consultorio. La doctora Barrow, con una simplicidad asombrosa, se despojó de su blusa verde de sedaplast y se puso la bata blanca de su profesión, sobre la pieza de ropa interior prietamente ceñida a su cuerpo escultural.

Zindo Knox tragó saliva, desviando la mirada discretamente. La bella doctora sonrió, abotonándose la bata corta, que caía sobre sus bellas, piernas, desnudas a la usanza de la moda de entonces, y calzadas con blancas botitas de femenina línea.

—¿De modo que sufre alucinaciones? —interrogó, tras una pausa—. No lo hubiera creído nunca. En el último examen me ha parecido perfectamente normal, Knox.

—No creo que sean alucinaciones —confesó Zindo.

La doctora Barrow, sorprendida, se detuvo en el último botón de su descote, sin abotonarlo. La «V» de la blusa era así muy profunda, pero no parecía importarle.

—Pero... pero usted me ha dicho que teme que haya visto convertirse a un hombre... en una veintena de gusanos —declaró, con voz grave.

—Eso dije. Solamente... que creo que no fue alucinación sino realidad.

—Por favor, Knox... —le reprendió ella, con gesto de reproche—. ¿Cómo puede pensar una cosa así?

—Porque creo tener razones para ello. Dígame que estoy loco, si quiere. Dígame lo que le parezca, doctora Barrow. Quizá no salí curado de la clínica del doctor Studer. Pero, ciertamente, algo sucede aquí dentro, en la B. W. S. Algo muy grave y atroz, créame.

—Bien, vayamos a ello. Refiéramelo todo detalladamente. Así podré tener elementos de juicio para sacarle de dudas, Knox.

Su voz reflejaba interés.

Zindo Knox así lo hizo. Comenzó su relato con serenidad. A medida que se adentraba en él creció su excitación. A través de los cristales de sus gafas, ella le estudiaba atentamente, como si tratara de desmenuzar el relato en pequeños fragmentos y sacar el que era cierto y cual el imaginado por la mente de Knox.

Cuando hubo terminado, la doctora Barrow no hizo comentario alguno. En vez de eso, respiró profundamente, contemplando a Knox con fijeza. Se alejó, dando unos pasos meditativos por el consultorio blanco y aséptico. Finalmente se volvió, cuando Knox, inquieto, lanzó su interrogante:

—¿Cree... cree que vi eso, realmente?

Ella negó con la cabeza. Con una energía rotunda.

—Me pide que le diga lo que creo. Es esto: no.

—Pero...

—Déjeme terminar. Yo no puedo creer, con fría lógica, en su relato. Conozco esa ala del edificio, utilizada como laboratorio de física electrónica, como departamentos de productos químicos, y como cámara acorazada de planos, proyectos y patentes de esta compañía. Sería absurdo suponer que ahí dentro existiera nada capaz de convertir a un hombre en una serie de gusanos que chillaran humanamente al ser pisoteados. Y menos aún podría vivir persona alguna, oculta a la vista de todo el mundo. Además Nihls Ordham, como todos los demás pilotos, desapareció con su nave, en el espacio. ¿Cómo iba a volver a la Tierra y aparecer en una auténtica cámara corazonada, que es aquel sector del edificio? La idea es absurda.

—Supongamos que Sonia Astrik... o Hasper Broderick... supieran eso.

—Es una acusación muy grave, Knox. No podemos tenerla en cuenta.

—Sí, ya veo —desalentado, inclinó la cabeza—. Usted era la única persona en quien yo confiaba. Pero piensa como hubiera pensado cualquier otro. Sigo loco. Peor quizá que antes. Y, sin embargo... ¡yo estoy seguro de que lo vi!

—Ver algo que no existe no significa estar loco, Knox —dijo suavemente ella. Y apoyó una mano, delicada y sensible, sobre el hombro de Knox. Éste se estremeció—. Puede estar perfectamente normal y sufrir alucinaciones o pesadillas, que se confunden con la realidad. Para ello, bastaría un estado de histerismo, depresión o sobreexcitación.

—¿Y ese es mi caso, según usted?

—No he dicho eso. Le he referido lo que podría ser su caso. Ahora bien, me gusta confirmar por mí misma los diagnósticos, antes de emitirlos... Vamos a hacer una cosa usted, y yo, Knox.

—¿Qué?

—Ir allá, a la zona prohibida —sonrió la bella mujer—. Y comprobar sobre el terreno si lo que cuenta pudo ser posible. ¿De acuerdo, Knox?

—Eso sería arriesgado: Y además carecemos de medios para entrar...

—No —negó ella, sonriente—. Como jefe del personal médico de la B. W. S. tengo derecho a entrar allí. Y entraré. Poseo una llave maestra, de tipo electrónico, para casos especiales. Después de todo; si existen laboratorios, puedo tener acceso a ellos. Nadie me lo prohibirá. Oficialmente, voy a practicarle allí un análisis especial. Eso por si alguien nos sorprende. ¿Cuánto falta para su salida en vuelo comercial?

—Un par de horas; no más.

—Bien. Estará a tiempo en la nave, estoy segura —le alentó la doctora Barrow—. Vamos, amigo mío.

La doctora, sin despojarse de su bata blanca y breve, salió, seguida de Knox, con dirección a la planta de acceso privado. Era evidente que dudaba de la veracidad de su relato, pensó Knox, mientras seguía sus pasos por las amplias galerías del edificio.

Pero tenía un aspecto bueno: antes de asegurar nada, prefería comprobarlo hasta su último extremo. Knox no tenía mucha fe en esa comprobación. Sin embargo, había que intentarlo todo. Se trataba de una lucha entre la razón y el absurdo.

¿Cuál triunfaría?

* * *

Había sido fácil abrir la puerta metálica, gracias a la llave maestra electrónica, un tubo de carga electromagnética, que la doctora utilizó con destreza, cuando nadie cruzaba por aquella galería de la fachada posterior del edificio.

Después, con igual sistema, llegaron hasta el corredor aquel, corto y vacío, donde Knox aplastara a los gusanos. Vivamente, Zindo señaló al suelo y musitó:

—Ahí podrá ver las huellas de los gusanos que yo...

Se detuvo. Sus ojos se abrieron, llenos de perplejidad. Estaba señalando con su índice hacia un suelo terso, límpido, donde no existía el menor rastro de nada.

—Y ¿bien? —la doctora Barrow le miró fijamente—. ¿Dónde está eso, Knox?

—¡Estaba ahí! —aulló Knox, irritado, insistiendo en su gesto—. ¡Ahí mismo! ¡No puede haber desaparecido por sí solo!

—Pues nadie parece haber entrado. Y menos a ocuparse en limpiar suelos —pensativa, la doctora miró hacia la puerta del fondo, la que se cerró, antes de que Knox la pudiera alcanzar, en su anterior visita—. Veamos eso ahora. ¿Es la misteriosa puerta que no pudo franquear?

—Sí, esa misma —asintió Zindo, con voz vacilante. Seguía contemplando al suelo—. Pero... si fue aquí... Tenía que haber señales, vestigios de...

—Olvide eso. Ya lo aclararemos. Ahora lo importante es ver la puerta por donde supone usted que salió Nihls Ordham, y a la que quería volver, con mucha premura de tiempo... como el conejito blanco de «Alicia en el País de las Maravillas».

A Knox no le hizo gracia la referencia de la doctora. Era evidente que, por momentos, el escepticismo de ésta aumentaba. Y tenía sus razones, desde luego.

La puerta extraña cedió. Se deslizó y Knox fijó en su oscuro interior una mirada ansiosa, ávida, expectante. Allí estaban sus esperanzas. Si hubiera un

rastro, un indicio, por leve que fuese, para confirmar su relato...

Pero no lo había. Lo advirtió, nada más cruzar el umbral de la puerta recién franqueada. Se vio que la oscuridad, automáticamente, se diluía al irse encendiendo unas lámparas indirectas, de tono azulado. Un amplio laboratorio electrofísico apareció ante ellos. Aparatos complicados, de electrónica aplicada a la física termonuclear y a otros sistemas de investigación, de comprobación de materiales, de vibratorios para resistencia. Incluso un pesado, macizo aparato electrónico, que miró con expresión de extrañeza, y del que la doctora Barrow, al sorprender su mirada, habló con la seguridad de quién es experto en esa materia:

—Es un electroscopio, o microscopio electrónico, de complicado manejo, para el estudio de toda clase de estructuras metálicas y plásticas, y para la resolución de problemas surgidos de la composición molecular o atómica de esas materias en estudio. No hay muchos tan perfectos como éste. Creo que a Sonia Astrik le costó una verdadera fortuna adquirirlo, y está orgullosa de él.

—Es una máquina notable —asintió tristemente Knox—. Pero no veo nada más de particular aquí. Es un laboratorio electrónico, como otro cualquiera.

—Exactamente —asintió, con una sonrisa, la doctora Barrow—. ¿Cree que su fantástico Nihls Ordham, vuelto del espacio repentinamente, y convertido en un anciano leproso, podía tener el menor interés en meterse aquí, como no fuera por esconderse, para lo cual podía elegir otros puntos más idóneos de esta ala del edificio, como son los almacenes y, archivadores situados en el corredor superior?

—Sinceramente... no. No veo nada capaz de motivar aquella desesperación en Ordham... Y, sin embargo, todo fue cierto. ¡Yo sé que lo fue, doctora Barrow! Y no me importa lo que crean los demás, lo que crea usted misma... ¡Yo sé lo que vi, lo que viví aquí dentro!

—Creí que confiaba en mí —dijo ella, dolida.

—Sí, pero... pero comprendo que es *en mí* en quien no confía nadie. He estado loco, internado en una clínica. Ahora creo ver duendes, cosas increíbles, absurdas... Y veo que hay pocas cosas absurdas, en el año 2.160. Pero esto lo es. Nadie se transforma, de súbito, en una veintena de gusanos, a no ser que esté tan muerto como el propio Gaar Astrik...».

Se detuvo. Miró a la doctora Barrow y habló con tono diferente:

—A propósito, doctora Barrow. ¿Usted sabía que Gaar Astrik era director-propietario de la clínica de Studer?

—No —ella parpadeó, sorprendida—. ¿Quién le dijo eso? Para mí, Studer es su director. Lo fue siempre...

—Broderick me habló de eso. Resulta casual que yo fuese precisamente el escogido por Sonia Astrik, como piloto de su Compañía... después de ser paciente en una clínica de su padre.

—Tal vez fuese de Astrik, como dice —meditó la doctora Barrow—. Pero eso nadie lo sabía. Si él financiaba a Studer... solamente el propio Studer estaría enterado. Y con nadie habló de tal cosa, Broderick puede estar enterado por el doctor o...

—... o por Gaar Astrik en persona —remachó fríamente Knox—. Tal vea hayamos dado por fin con la persona responsable de estas desapariciones.

—¿Hasper Broderick? Tenga cuidado. Es poderoso, puede complicarle la vida, si usted le acusa abiertamente.

—No lo haré... pero buscaré pruebas contra él. Las sacaré de donde sea.

—Dejemos eso ahora, Knox. No es tarea mía meterme en problemas delictivos, sino en cuestiones de salud. Volviendo a nuestro tema, ¿qué le parece si volvemos arriba? Creo que aquí... no nos queda ya nada por hacer, Knox.

—Es cierto. Vamos, doctora. ¿Me va a examinar tal vez?

—Sí. Haré una exploración electrónica de su mente. Estoy obligada a ello, compréndalo...

—De acuerdo. Adelante con ello. Sólo lamento que este vuelo de hoy...

—¿Significa mucho para usted? —preguntó ella seriamente.

—Sí, mucho. Podría ser... podría ser la forma de volver a encontrarme a mí mismo de un modo definitivo...

—¿Y se atreverá a subir, a navegar... pese a todo lo sucedido?

—Sí. Sólo que usted no me concederá su permiso, ¿no es cierto?

—Se equivoca —ella sonrió dulcemente—. Se lo concedo, Knox. Quiero ayudarle, sea como sea. A su regreso haremos ese examen médico. Mientras me ocuparé de su caso con todo interés, se lo prometo.

—Gracias —Knox le tendió la mano—. Gracias, doctora...

Ella le estrechó la mano cálidamente. Al contacto de aquellos dedos sensibles y femeninos, Knox se estremeció sin poder evitarlo. La bella, inteligente doctora Barrow tenía algo electrizante en su contacto. Algo sugestivo arrebatador.

—Vamos —musitó ella, dejando de mirarle fijamente, y al parecer tan abstraída como él mismo, en aquella mutua contemplación de un hombre y una mujer, unidos por una singular simpatía, por una amistad surgida de un doble encuentro profesional entre doctora y paciente—. Se hace tarde, y no me gustaría que nos sorprendieran aquí, ahora que nada tenemos que ofrecer para justificarnos de nuestra intrusión, Knox...

Se dirigieron a la escalera. Fue entonces, justamente entonces, cuando los ojos de Zindo Knox descubrieron el objeto, cruzado bajo los escalones. Un centelleo de las luces indirectas, sobre aquel largo objeto, le había atraído su atención, al situarse a un lado, para dejar pasar delante a la doctora.

—¡Eh, mire! —señaló, con voz tensa—. ¡Ahí abajo...! ¡*La pértiga que empuñaba Ordham*!

La joven y hermosa doctora se estremeció. Sus ojos siguieron la dirección del índice de Knox. Vio la barra larga, de acero, con el remate de un gancho de igual metal. Luego miró a Knox, que se precipitó a tomar el objeto, y lo alzó triunfalmente en sus manos.

—¡Es la pértiga! —jadeó—. ¡La misma con la que fui atacado y luego desapareció! ¡Alguien la ocultó ahí intencionadamente! ¡Ahora *estoy seguro*! ¡No vi alucinación alguna! ¡Todo *sucedió*!

La doctora Barrow iba a responderle, cuando alzó la cabeza y sus ojos siguieron, tras las gafas plateadas, la dirección de los escalones, hasta donde percibiera un ruido leve, metálico. Se encontró con la figura erguida, enlutada, hermosa y sensual, pero inexplicablemente helada y amenazadora, de Sonia Astrik, la presidenta de la B. W. S.

—¿Qué hacen ustedes aquí? —preguntó seca, duramente.

Y sus ojos fríos, metálicos, pasaron de la doctora Barrow al excitado Zindo Knox.

* * *

—¡Tienen que creerme! —aulló Zindo Knox, enfurecido, irguiéndose frente al improvisado tribunal que formaban ahora, frente a él, Sonia Astrik, Hasper Broderick, la doctora Barrow, parcialmente en su favor, pero clínicamente al lado de la B. W. S., inevitablemente—. ¡Yo estoy diciendo la verdad! ¡Ahora sé que es la verdad, y han de aceptarla, han de creerla, les guste o no! ¡Por eso entré dos veces esta mañana, en esa ala del edificio! ¡Por eso forcé a la doctora Barrow a comprobarlo, y me acompañó, en mi expedición esta segunda vez! ¡Por eso insisto en que esa pértiga es una prueba, por eso sostengo que Nihls Ordham *vivía* cuando yo estuve abajo, y poco después era una repugnante agrupación de gusanos!

Los tres se miraron, La doctora Barrow no expresó nada; ella conocía la historia y, evidentemente, no quería perjudicar más a Zindo Knox. Pero la expresión de Broderick y de la bella Sonia fue muy diferente.

—Knox, yo creí que estaba totalmente curado —dijo con repentina brusquedad ella—. ¿Cómo es posible que vuelva a imaginar cosas que no son, que se deje dominar por terrores y alucinaciones así? Comprendo su estado nervioso, antes del vuelo, pero...

—¡No es eso, señorita Astrik! ¡No es eso! —rugió él, frenético—. Yo estoy sano, normal! ¡Yo he vivido lo que cuento, no son fantasías ni delirios de un demente, como creí en un principio aturdido por los sucesos!

—Knox no solamente faltó a una prohibición tajante de mi empresa —habló Sonia Astrik glacialmente, dirigiendo una ojeada de soslayo, bastante acusadora, a la doctora Barrow—. No sólo hizo cooperar con usted, en la

misma falta, a nuestra propia directora de Sanidad, sino que mantiene que un absurdo es real. Y llega a más: acusa de secuestro o de alguna atrocidad semejante al señor Broderick... o a mí. Porque solamente los dos tenemos acceso a ese lugar.

—Eso no es concluyente —replicó con viveza Knox—. La doctora Barrow utilizó una llave magnética para entrar. Igual pudo hacer otra persona cualquiera... un agente de Gaar Astrik, por ejemplo, filtrado en su empresa.

—Admitamos esa posibilidad. ¿Cómo pudo, entonces, un saboteador, por superdotado que estuviera, con los millones de Gaar Astrik, hacer desaparecer a los pilotos... y convertir a Ordham, precisamente a Ordham, en un ser monstruoso y repugnante, que luego, además, se transformó en un puñado de gusanos? —Hasper Broderick soltó una carcajada—. ¡Es grotesco, Knox! Una estupidez digna de un loco. Mi decisión, como miembro de esta firma, es que le nieguen el permiso de vuelo. Y le internen, para observación médica.

—¡No! —aulló Knox—. ¡Nadie hará eso! ¡No van a internarme de nuevo! ¡No lo permitiré!

—Si quieren escucharme, les puedo aconsejar al respecto —dijo serenamente la doctora Barrow—. En mi opinión, Knox no debe ser internado. Yo creo que...

—Doctora Barrow —dijo con voz fría Sonia Astrik—. No me importa lo que le dicten sus simpatías personales... o lo que sea... hacia mi empleado Zindo Knox. Yo, como empresaria de él, y a la vista de lo sucedido, *ordeno* se le interne inmediatamente y se le examine médicamente, hasta tener un dictamen completo de su estado mental. Eso es todo.

—Sí, señorita Astrik —dijo mansamente la doctora Barrow, inclinando la cabeza, derrotada—. Se hará como dice... Lo siento, Knox. Como médico, debo estar de acuerdo en eso.

—¡Pues yo creo! —Knox se puso en pie de un salto y avanzó hacia la salida del amplio despacho de Sonia, adonde habían sido conducidos, después de sorprenderles la presidenta en el lugar no autorizado—. ¡Voy a salir de aquí y nadie se opondrá... o lo sentiré por él, señorita Astrik!

—No lo haga —ella alzó su dedo, apuntando hacia un resorte, en tanto que Hasper Broderick se ponía en pie, empezando a moverse hacia él—. No podrá lograrlo, y eso le perjudicará más aún.

—No va a convencerme. Creo que usted también está metida en esto, señorita Astrik. No quiere que se aclare el misterio, y por eso me tacha de loco y quiere encerrarme. Usted tenía mucho interés en llegar a donde nadie ha llegado, ¿recuerda que me lo dijo? Quizá llegó, a fin de cuentas. Y halló el modo de transformar la especie humana... en simple basura, en podredumbre y larvas infectas... Sería un Inframundo perfecto... Un Inframundo obtenido por el orgullo y la maldad de un Astrik. Sí, quizá, tuvo razón en eso...

—¡No haga tonterías, Knox, ni acusaciones estúpidas! —rugió Broderick,

cerca ya de él, desenfundando repentinamente un arma temible: un proyector de rayos térmicos, para apuntar, a Knox—. La señorita Astrik ha dicho que no saldrá, y lo va a...

El impacto doble de ambos puños de Knox fue un doble cartucho de dinamita estallando en cara y manos del socio de la bella Astrik. Aulló Hasper Broderick, al sentir el doble mazazo. De sus dedos huyó el arma térmica, que rodó por el suelo, en tanto que su rostro crujía, bajo el impacto en el mentón, duro y fulminante. Osciló Broderick, con un gemido de dolor y de ira. Sonia Astrik, rápida, había presionado ya el botón de su mesa. Un zumbador sonó en todo el edificio, estridente. Era la alarma general.

Zindo Knox se lanzó sobre la puerta del despacho y la abrió antes de que Sonia lograra pulsar el resorte de cierre magnético. Saltó, al exterior, cuando ya la puerta se cerraba automáticamente, controlada a distancia. Los tres empleados de uniforme granate que ocupaban la antesala, habían abandonado ya sus máquinas eléctricas. Se lanzaban contra él, rodeándole y cerrando todo paso, mientras en el resto del edificio continuaba sonando estridentemente la llamada de alarma provocada por la bella e implacable Sonia Astrik.

—¡No saldrá! —gritó uno—. ¡Es mejor que se rinda, señor Knox!

—¡Venid a impedirlo por vosotros mismos! —replicó Zindo duramente.

Lo hicieron. Saltaron sobre él, casi al unísono, como un ejercicio bien sincronizado. Pero Knox estaba ya en guardia.

Se lanzó ágilmente al suelo. Dos de los empleados chocaron brutalmente sus cabezas con un seco impacto. Aturdidos, oscilaron, sin encontrar al enemigo que había fintado tan eficazmente. El tercero de los empleados se abalanzó sobre, él.

Dos puñetazos de Knox, uno al estómago y el segundo al mentón, lanzaron atrás al hombre, como si fuera un pelele. Después, Zindo giró sobro sus tacones y disparó un directo a cada uno de los hombres que chocaron. Eso les aturdió más aún. Después, aferró sus cuellos furiosamente, y como si fueran dos plumas, los alzó en vilo e hizo chocar de nuevo sus cabezas. Tras un crujido áspero, se desmoronaron ambos de sus manos, inconscientes, vencidos.

Knox corrió hacia la galería exterior. Al saltar a ella, enfrentóse al nuevo peligro. Eran dos hombres más, uno de ellos provisto de una herramienta metálica, que esgrimía amenazadoramente.

Knox se abalanzó sobre ellos, sin esperar a ser atacado. El hombre de la herramienta movió ésta rápidamente contra su cabeza. Knox estiró la mano, aferrando su muñeca. La torció, mientras disparaba secamente la zurda hincándola en el hígado del hombre. Tosió éste, sin aliento. Una llave asombrosa, espectacular, alzó el cuerpo del hombre aferrado por la muñeca. Le hizo girar en el aire, proyectándole luego, a través del corredor, hasta chocar estrepitosamente en el muro, y derrumbarse igual que un muñeco roto.

El segundo se abalanzó a las piernas de Knox, las aferró, y ambos redaron por el suelo, en furiosa pugna, Zindo, sin vacilar, disparó sus dos piernas, a la primera ocasión en que le fue posible. Los pies martillearon la mandíbula y nariz del contrario. Éste se deslizó, aturdido, como si llevara patines para volar sobre el suelo lustroso, de plastmetal...

Zindo se incorporó de un salto, con sus puños en guardia. Giró justamente a tiempo de ver llegar a otro grupo de hombres uniformados, de la H. W. S.

Dio buena y rápida cuenta de los dos primeros, con sendos mazazos brutales, uno de ellos rematado con un rodillazo al vientre, que lo dobló, lanzándose luego atrás, de rebote en rebote sobre el corredor.

Pero toda resistencia humana tiene un límite. Y aun Zindo Knox, con su musculatura prodigiosa, su agilidad felina, y su destreza de luchador, era incapaz de enfrentarse con sus solas fuerzas a un ejército de adversarios.

Aún no se había rehecho totalmente de su último ataque a los dos contrarios, cuando algo pesado, macizo, cayó sobre su nuca. Gimió sordamente, se dobló, inclinando la cabeza. Recibió un segundo impacto en la cabeza. Rodó aparatosamente sobre el pavimento y se quedó inmóvil.

Había perdido la batalla. Un hombre de uniforme granate se irguió, jadeante, con la herramienta que perdiera el otro funcionario vencido antes, a manos de Knox.

Volvióse, con un resoplido, hacia la puerta por la que acababan de aparecer, ahora Sonia Astrik, la doctora Barrow y Hasper Broderick.

—¡Uf, costó lo suyo acabar con él! —masculló entré dientes—. Pero se logró, señorita Astrik...

—Eso está bien —dijo ella lentamente, con la mirada fija en Knox. Luego, alzó la cabeza y cambió una mirada con Broderick y la doctora Barrow—. Bueno, ya saben lo que hay que hacer con él.

—¿De verdad piensa internarlo, señorita Astrik? —demandó la doctora Barrow.

—Sí. Cuídese de ello, Broderick.

—Lo haré gustoso —miró con ira al caído—. ¡Ese maldito chiflado!... Casi nos deja sin personal...

—¿Y adónde piensa llevarlo? —indagó la doctora Barrow, con curiosidad.

—A la misma clínica de donde salió, naturalmente —farfulló Broderick—. Con el doctor Studer. Que esta vez se aseguren bien de su normalidad, antes de soltarlo...

CAPÍTULO VI

¡A LA DESESPERADA!



OR fin Zindo Knox volvió en sí.

Estaba en algo que se movía, que circulaba vertiginosamente. Miró ante sí, a las dos personas sentadas junto a él. Una era harto conocida. La sonrisa fría y hostil de Hasper Broderick fue la salutación primera que le dieron.

—¿Ya ha recuperado la conciencia, Knox? —gruñó el socio de Sonia—. ¿O sigue chiflado como antes?

Su voz sonaba despreciativa.

—¿Dónde estoy? —silabeó Knox, dominándose—. ¿Adónde me llevan?

—Está a bordo de un helicar —informó el otro—. Y le llevamos con un viejo amigo suyo: el doctor Studer.

—¡No! ¡No quiero volver allá! Estoy sano, estoy bien! —forcejeó por incorporarse de donde yacía en posición horizontal. Era imposible. Unas bandas metálico-plásticas, de materia flexible pero durísima, le rodeaban, ligándole a una camilla situada en el suelo del helicar—. ¡Es un secuestro, una

infamia! ¿Es esto mismo lo que hicieron con los demás pilotos, antes de reducirles al mismo estado en que vi a Nihls Ordham?

—No diga tonterías. Los demás pilotos no estaban locos. Nadie les tocó. Al menos, ninguno de nosotros —Broderick cambió una mirada con su compañero, un empleado de la B. W. S.—. Es una lástima, Knox. Usted era un buen piloto para nosotros. Ahora volvemos a estar sin nadie para los vuelos.

—¿Olvida a Clarence Mazard, el asesino que contrataron antes de mí? Él aún vuela.

—Mazard no ha vuelto de su vuelo a Marte —informó gravemente Broderick—. Quizá también ha muerto.

—Ordham no había muerto. Pero lo suyo era mil veces, peor que morir. Era pura carroña.

—¿Ya vuelve a su historia?

—¡Es la verdad! —aulló Knox, en el paroxismo de su cólera.

Las sonrisas escépticas le irritaron más aún. Pero se contuvo. Ligado allí, poco podía hacer por evitar que las cosas siguieran aquel rumbo. Nadie creía en él. Después de todo, acaso tuvieran razón desde su punto de vista. El relato era absurdo. Y él... era un exdemente. Sólo confiaba en que el doctor Studer comprobase su normalidad.

De pronto, un escalofrío le asaltó. Broderick había dicho que la clínica de Studer era propiedad de Gaar Astrik. ¿Y si Studer... formaba parte de los saboteadores contra Sonia Astrik y...? No quería pensarlo. Sería espantoso. Le encerrarían para siempre, le mantendrían incomunicado, en un infierno viviente... o sería asesinado. O, lo que aún era peor... le convertirían en algo parecido al Nihls Ordham que él viera en aquel lugar reservado a los intrusos.

No protestó de nuevo. Sabía que era inútil. Optó por permanecer callado. Luego, sus ojos fueron cerrándose, su respiración se hizo lenta, rítmica. No se movió más.

—Se ha dormido o se ha desvanecido —dijo Broderick, estudiándolo largo rato, sin captar en él reacción alguna—. El sedante ha debido de hacer su efecto. Dentro de diez minutos le administraremos otra dosis, para mantenerlo dormido cuando ingrese en la clínica. Es mejor no provocar escándalos... Siempre son contraproducentes.

Zindo Knox escuchó perfectamente todo eso. No se movió. Sentía sueño, sí. Pero su voluntad era muy grande para dominar la fatiga y el sopor. Se mantuvo despierto, con sus ojos cerrados y el oído atento.

Minutos después, Broderick se movió.

—Voy con el conductor —dijo a su acompañante—. Vigílalo tú. Y adminístrale el calmante dentro de cinco minutos, si no he vuelto.

—Sí, señor Broderick —asintió el otro.

Zindo continuó con la misma inmovilidad y aparente inconsciencia. Iba contando los minutos mentalmente. Uno... dos... tres... cuatro... cinco. Cinco minutos habían pasado. Y Broderick no había vuelto de la cabina delantera del helicar.

El guardián lanzó un suspiro. Le oyó incorporarse. A través de sus ojos semicerrados, que cuidó de cerrar enseguida, observó que preparaba una jeringuilla hipodérmica para inyectarle el calmante.

Luego, le oyó aproximarse. Las bandas metálicas, cerradas sobre el cuerpo y brazos de Knox, debían impedir su acción, porque el hombre juró entre dientes.

—Tendré que abrirle una de las correas, o avisar al señor Broderick —gruñó.

Knox temió que hiciera esto último. Pero no fue así. Se decidió por soltar la hebilla magnética de la banda superior, que liberaba sus brazos, para poderle inyectar en la vena.

Era lo que Knox había estado esperando. Rápidamente estiró sus brazos. Fue un movimiento medido, vertiginoso, sincronizado al máximo. Una mano cubrió la boca del guardián inclinado sobre él, ahogándole todo grito. La otra, golpeó su mano derecha, tirando al suelo la aguja hipodérmica y rompiendo la jeringuilla. Raudo, Knox le conectó luego un golpe de canto con su mano abierta, sobre el cuello. El enemigo quedó sin aliento. Knox, incorporándose levemente, le aplastó la zurda en la cara. El otro rodó inconsciente sobre él. Zindo le quitó el desconectador magnético de las bandas metálicas.

Con él, soltó las otras dos bandas que le ligaban. Se incorporó, friccionando sus músculos ateridos por la posición rígida. Avanzó hacia la puerta de comunicación con la cabina delantera del helicar.

Se inclinó, tomando una herramienta del vehículo aéreo. Veloz, tiró del panel de vitroplast. Hasper Broderick giró en el acto, alarmado. No hizo más. La herramienta, empuñada por Zindo, cayó sobre su nuca. Lo derrumbó, inconsciente.

El piloto trató de hacer algo, pero ya Knox le rodeaba el cuello con su musculoso, elástico brazo. El rostro endurecido de. Zindo no reflejaba contemplación alguna.

—Siga adelante. Pero varíe el rumbo, o le estrangulo sin vacilar —avisó Knox—. Se terminó el viaje... al menos tal como se había planeado. ¡Vamos, enseguida! ¡Vire su nave en el acto! Tengo poca paciencia.

Era un piloto de tierra de la B. W. S. Rápidamente rectificó, con expresión asustada. Zindo observó la mirada de soslayo que dirigía al equipo de radiotransmisión de a bordo, situado junto al tablero del helicar.

Knox no vaciló mucho. Estiró la zurda, arrancando las conexiones eléctricas de las baterías. El piloto gimió, palideciendo. Sabía que ahora estaba aislado. Nadie le ayudaría ahora a librarle de las zarpas de Zindo Knox,

su viajero forzado de antes.

—Yo dirigiré ahora —avisó Zindo—. En marcha al noroeste, vamos—. Pósese allí.

Señalaba un prado desierto, rodeado de bosquecillos. El helicar se posó en cuestión de segundos. Rápido, Zindo conectó un martillazo de sus nudillos al mentón del otro. Cuando lo tuvo inerte, abrió la portezuela del helicar. Lo soltó a tierra, lo mismo que a Broderick y al otro guardián, inconscientes todos.

Luego, él tomó el mando del helicar. Se elevó, a la máxima velocidad, desapareciendo de pronto en el azul...

* * *

Sonia Astrik colgó con gesto de ira su televisófono. Estaba profundamente irritada.

Todo seguía igual. El último informe de Hasper Broderick, desde la ciudad, era negativo también. Zindo Knox seguía sin aparecer por parte alguna. El helicar había sido hallado en un suburbio, pero Knox podía haber robado cualquier otro vehículo no denunciado aún, alejándose a cualquier otro continente, o quizá buscando su liberación en los espacios exteriores de la Tierra.

Sonia volvió la cabeza hacia el gran ventanal. Las estrellas parpadeaban, en un cielo nocturno, color cobalto. En torno al gran edificio de la «Brodman Worlds Society», la campiña oscura, apacible, silenciosa, parecía un cerco de calma y serenidad. Dentro de aquel cerco, un espíritu inquieto sufría y vivía en tensión constante: Sonia Astrik, la hija natural del magnate Astrik... que había sido su principal enemigo mientras vivió.

Ella hubiera querido que Zindo Knox apareciese. Así, libre y desesperado, todo podía suceder. Sonia temía que nunca lo hallasen...

Pensó en su padre instintivamente. En el desaparecido, orgulloso Gaar Astrik. A él ya no le temía. Ahora yacía en una arqueta, bajo una vitrina de cristal blindado, con una tapa de plata que nadie podía abrir...

Sonia ignoraba que, precisamente en aquel momento, una sombra furtiva, sigilosa, abandonaba las proximidades de un pilar rojinegro, de mármol de Venus, rodeado de un edificio circular, de una serie de edificios formando círculo en realidad, mientras la luz de los astros se reflejaba débilmente en las paredes cristalinas, irrompibles, de la arqueta funeraria del prohombre que fuera Gaar Astrik.

Aquella sombra sigilosa, pisando cauta, silenciosamente los bloques de hierba fresca, blanda y suave, se alejaba, una vez cumplida su tarea...

Pero de eso, nada sabía Sonia Astrik, nerviosa e impaciente en su despacho de la B. W. S., esperando noticias de la captura de Zindo Knox...

*   *   *

Nada tampoco. Ahora había sido el propio doctor Studer. Pero antes, la doctora Barrow. Todos inquietos, preocupados. La policía de la ciudad también.

Zindo Knox no aparecía. Era como si se lo hubiera tragado la tierra. Tres vehículos habían sido robados últimamente. Los tres aparecieron. Quizás otro u otros ya habían suplido a los devueltos, para servirle de vehículo y escondite a un hombre que luchaba desesperadamente con todos los que le buscaban por distintos razones pero con un solo objetivo: cazarle vivo.

Sonia Astrik cerró la conexión, eléctrica de las baterías de su televisófono. Ya no esperaría más llamadas. Iba a regresar a casa, y trataría de dormir. Ya era muy tarde, y solamente ella y los guardianes de noche permanecían dentro del vasto edificio, sometido de nuevo a la total inactividad, tras la desaparición misteriosa del último piloto espacial, Clarence Mazard.

Se incorporó. Tiró del resorte de cierre de la ventana plástica. Tomó una corta, recia capa de color rojo, que echó sobre sus hombros, Se encaminó con lentitud al lugar donde, tenía aparcado su vehículo aeroterrestre, un biplaza oval, aplastado, de cabina hemisférica de vitroplast, capaz de viajar igual por tierra que a la altura normal, como los turbo-móviles o los helicars, e incluso a altitudes estratosféricas, si era preciso.

Entró en la plazuela circular, situada dentro del edificio de la B. W. S. donde se hallaba el vehículo detenido. Subió a él. Nunca utilizaba conductor. Ella era diestra manejando sus sencillos mandos. Se acomodó, cerró la portezuela y puso en marcha el sistema de turbinas nucleares.

El núcleo-car arrancó veloz, por la rampa empinada que, a través de un túnel interior, conducía, hasta el exterior del edificio, tras pasar dos barreras magnéticas de cierre y apertura automáticos, por células fotoeléctricas.

La nave emergió, alejándose en la negrura nocturna, a buena altitud sobre la campiña. La B. W. S. quedó atrás. Sonia condujo hacia Antípolis, situada a unas trescientas millas de su Empresa. El núcleo-car apenas si tardaba veinte minutos, a marcha, moderada, en alcanzar su destino.

Sonia conducía diestramente. Con expresión pensativa, fijos sus hermosos, profundos ojos, en la inmensidad estrellada de la noche. Como preguntándose cuál era el secreto terrible que aquellos astros guardaban, en relación con las desapariciones inexplicables de todo su personal técnico...

Fue de súbito cuando le asaltó la idea absurda. El pensamiento grotesco de que *no estaba sola* a bordo. Inquieta, giró la cabeza, mirando en derredor suyo. Un grito se ahogó en su garganta, cuando tropezó con el rostro crispado, endurecido, del hombre que surgía tras ella, emergiendo del compartimiento posterior, destinado a equipajes.

—No me esperaba, ¿verdad, señorita Astrik? —fue la ruda pregunta que le formularon, por encima del amenazador cañón de una arma de rayos

desintegrantes, cuyo disparo era inevitablemente mortífero...

* * *

—¡Usted! —jadeó ella, estremecida, sintiendo sus palidecía y un frío glacial recorría su cuerpo, desde la nuca hasta los talones—. ¡Oh! Dios mío, ¿qué piensa hacer? ¿Asesinarme así, fríamente?

—Podría hacerlo, sí —confesó roncamente el intruso, saltando junto a ella, al asiento inmediato. Apoyó la temible arma corrosiva contra su seno izquierdo—. Conduzca normalmente, no haga nada sospechoso, y no dispararé.

—Pero lo hará más tarde, cuando lleguemos a cualquier lugar —dijo ella con voz apagada, trémula—. Esa es su intención, ¿no? Vengarse... como todos los locos planean.

Zindo Knox sonrió.

—No me va a irritar ahora. Sé que piensan que estoy loco, y ya no me importa. Lucho a la desesperada. Sé lo que han planeado entre todos. Al menos, lo que usted ha planeado. Sé lo que significa la zona aislada de su edificio, y lo que significaban sus palabras de aquel día, en su despacho...

—¿A qué se refiere? —mantuvo el piloto automático en el timón, y se volvió a él, separada de Knox por el arma temible—. ¿A qué palabras alude?

—A sus sueños de grandeza, Sonia. A su afán por llegar a mundos no conocidos, a lugares jamás vistos por los demás. La egolatría de los Astrik iba en su sangre, usted tuvo razón. Su padre amasó una fortuna fabulosa, increíble. Usted... ambicionaba algo más que dinero. Ahora sé que, en realidad, jamás estuvo contra su padre. Usted y él eran iguales en el fondo. Sé que él envió el ingenio electrónico que poseen en el laboratorio de electrónica... Un microscopio mecánico, según dijeron. Todo falso. En cierto modo. Es un microscopio, puesto que permite ver más allá... ver esos mundos que usted ambicionaba dominar, moldear en sus manos, conocer como nadie jamás lo conocería...

—Pero ¿qué está diciendo? ¡No entiendo nada de eso!

—Lo va a entender, Sonia Astrik. Usted descubrió, con ese poderoso microscopio electrónico, verdadera puerta a un mundo ínfimo y terrible, unas formas de vida jamás descubiertas antes por sistema alguno, ya que ese microscopio es tan colosal que aumenta el micromundo de los seres infraterrenos, a la escala normal de nosotros mismos... Yo he investigado a fondo en la propia Fundación de Gaar Astrik, esta noche. He ahondado en sus libros de estudio y de investigación. Un famoso sabio electrónico, el doctor Kaffman, murió después de donar a Astrik su mejor invento: el «visor» del infracosmos de los microbios, las bacterias, los virus... ¡Un Universo como usted soñó, algo que nadie ha visto con este tamaño, algo que nadie sabe aún que posee en realidad vida inteligente y organizada, aunque sea una vida

monstruosa como sus propias criaturas repugnantes!

—Dios mío. Eso es... es espantoso —muy pálida, ella le miró—. Pero todo lo imagina usted, Knox. Yo... yo nunca he tocado ese microscopio electrónico o lo que sea... Y no es cierto que mi padre lo poseyera ni lo enviase. Lo adquirí yo, a través de otra persona y...

—¡Miente! —cortó abruptamente Zindo Knox—. Está mintiendo, Sonia Astrik. Su orgullo, su egolatría, la llevó a eso. Y ese microscopio es como una puerta por la que los virus inteligentes, las bacterias con millones de años de vida, en su microcosmos infrahumano, purulento y hediondo, pueden penetrar en nuestro propio mundo y llevarse a nuestros hermanos de raza, a nosotros mismos... ¡hacia su inframundo asqueroso y maligno!

—¡Oh, no! —demudada, temblorosas sus manos, se cubrió con estas su rostro lívido la hermosa Astrik—. ¡Eso... no es posible!

—Empieza a darse cuenta de que es posible. No busque la razón de las pérdidas de su entidad en los astros. La causa está aquí, entre nosotros, en... en cualquier plano vital, en una dimensión tan ínfima y tan baja, que ningún hombre ha penetrado aún en ella más que con microscopios normales, que no nos descubrieron jamás el lado social e intelectual, los apetitos e instintos de los infraseres de la Creación... Un infierno diminuto y terrible, que esa «puerta» electrónica de ampliación de cuerpos minúsculos y *reducción de cuerpos normales* se cuida de traer hasta nosotros. Lo que empezó siendo un ensayo, es ya una terrible, voraz agresión, en que los virus se nutren de nosotros, nos arrastraran a su esfera vital, engulléndonos. Lentamente sin duda, enfermándonos, absorbiendo calorías, carne, vísceras, tejidos, vida en fin...

—¡No, nooo! —chilló ella—. ¡Eso jamás fue posible, Knox! ¡Nadie hubiera podido... ¡Y yo nunca oí hablar de eso...! ¡Nunca!

—Sólo usted podía hacerlo. Usted, y Gaar Astrik, su padre natural. Muerto él, sigue la obra terrible. Astrik odiaba a la humanidad. Tanto que, dejó esa fuerza destructora en marcha y utilizó a un ser de su confianza para concluir la tarea emprendida. El infracosmos de las bacterias, virus, microbios y toda clase de entes malignos, se traslada a nuestro plano de vida, nos rapta... Al final, en vez de conformarse con especies sueltas, con ejemplares individuales... atacarán en masa. Y será el fin de la humanidad. El fin de un enemigo invisible, al que no se puede combatir. Gaar Astrik obtuvo el invento diabólico y mató a su inventor, el profesor Kaffman... También debió lograr el sistema electrónico-molecular de la adaptación de formas y dimensiones, incorporando a ese sistema... Solamente uno escapó, en su período álgido de putrefacción física, logró volver a este mundo... ¡El piloto Nihls Ordham! Y los virus que invadían su cuerpo le arrastraban, se apoderaban de su mente, llevándole consigo al Cosmos atroz, al Universo dantesco y canceroso de donde en vano intentó escapar...

—¡Oh! Dios mío, es abominable, es una idea enfermiza, odiosa... sólo

posible en la mente de un loco.

—Un loco, sí. ¡Su padre, Sonia Astrik! Él era el loco y malvado que lo planeó y puso en práctica. Lo he comprobado esta noche, registrando documentos secretos de su padre. Igual que me filtré sin ser visto dentro de su empresa, lo hice en la Fundación. Nunca sabe nadie de lo que es capaz un hombre desesperado. Y yo lo soy ahora... He comprendido, ahora, que los gusanos que yo aplasté en aquel corredor eran en realidad los microbios o virus inteligentes que habían absorbido, triturado el cerebro de Ordham. A él le lanzaron realmente a través de su «Puerta», hacia el inframundo asqueroso de más allá del aparato electrónico... Luego, ellos se quedaron, pugnando por atacarme. Pero su volumen no era suficiente aún. Les faltó tiempo para, una vez «desprendidos» del cuerpo de Ordham, crecer hasta superarme físicamente. Les aplasté antes de eso. Y el pobre Ordham, ahora, será solamente un cuerpo devorado, un detritus viviente, agonizando entre basuras de un Cosmos horroroso...

—No puede... no puede probar todo eso... —jadeó ella—. ¿Por qué no volvemos hacia mi edificio? Veremos si es cierto que esa máquina electrónica tiene la siniestra utilidad que usted le da. Yo... yo le juro que nada sé de todo eso, Knox... Si fuera cierto, si esa delirante historia tuviese un solo viso de verosimilitud... sería la primera sorprendida. Siempre fui enemiga de mi padre, es cierto. Y esa máquina... la adquirió para mí la doctora Barrow. Y jamás me dijo que fuese propiedad de Gaar Astrik... o yo jamás la hubiera aceptado en mi propiedad.

—Ahora miente de nuevo, cargando responsabilidades a otra persona. La doctora Barrow es inocente de todo eso. Ella fue, precisamente, quien me dio la clave y... ¡Eh, mire eso! Dios mío, Sonia Astrik... ¿Dónde estamos ahora?

Ella miró hacia el visor frontal de su núcleo-car, alarmada y sorprendida por el repentino grito ronco de Zindo Knox.

Un chillido delirante, espantoso, brotó de su garganta, Mortalmente pálida, se encogió en el asiento, aferró a Knox por un brazo, sin preocuparse de que fuera precisamente el armado, y balbució, con terror indescriptible:

—¡Cielos, ayúdeme! ¡Por el amor de Dios, crea en mí! ¡No sé... no sé dónde estamos ahora! ¡Pero mire allí, Knox! ¡Mire allí! ¿No es espantoso?

Zindo Knox miró hacia su derecha, adonde ella señalaba vivamente, con mano temblorosa, convulsa.

—Creo... creo... —musitó roncamente, con una palidez mortal en su faz crispada— que ahora estamos... ¡Estamos sumergidos en el infracosmos...!

CAPÍTULO VII

INFRAMUNDOS



UY bien se podía afirmar que jamás ser humano alguno había presenciado aquel horror palpitante y vivo. Era totalmente inimaginable.

Al menos, nadie jamás se vio abocado a él tan súbita, tan dramáticamente. Porque Zindo Knox sabía que, antes que ellos, varios pilotos del espacio habían desaparecido inexplicablemente. Y todos ellos vieron a aquella espantosa forma dimensional, a aquel Universo ínfimo y terrible, que la egolatría y el poder maléfico de un potentado que compró vidas, inventos y progresos técnicos, con miras a satisfacer su vesánico odio a la humanidad, había desatado contra la especie humana, dándole el acceso, la puerta de salida a los infraseres... y la puerta de entrada a los humanos.

Abierta la frontera entre ambas dimensiones, planos vitales o magnitudes físicas, todo era ya posible. Incluso aquello...

Ahora, Zindo Knox y Sonia Astrik habían sido raptados, arrastrados al infracosmos sospechado por la mentalidad aguda y despierta de Knox...

Porque sin lugar a dudas, sin la menor posibilidad de error... aquello era el

orbe, los mundos, las formas y especies terroríficas de un lugar distinto en la Creación, de un mundo infinitesimal e inexistente virtualmente hasta entonces, salvo en sus microscópicas dimensiones...

—Dios mío... —susurró Knox, con los ojos dilatados por el horror y la angustia infinitas—. Hemos venido aquí... Han logrado reducirnos y hacernos cruzar la barrera dimensional entre «ellos» y nosotros...

Unos momentos de silencio alucinante se extendieron en el interior de la diminuta nave biplaza, reducida quizás ahora a dimensiones millones de veces inferiores a las suyas, por magia tenebrosa e inexplicable...

Dos pares de ojos alucinados contemplaron «aquello», al otro lado de los visores frontal y laterales de la pequeña cabina del núcleo-car de Sonia Astrik.

Era un paisaje más allá de lo dantesco y de lo imaginado por la mente más calenturienta. Las supuestas alucinaciones y pesadillas de Zindo Knox quedaban empequeñecidas ante aquel espeluznante caos de formas hediondas y viscosas que cruzaban ante ellos, como los microbios en un vaso de líquido sometido a un enorme microscopio. Cualquiera de aquellos microbios era diez veces mayor que ellos mismos. Desfilaban, como flotando en un gas o humor ligero, pero turbio, pegajoso, que se adhería como neblina, o quizá como baba gaseosa, a los vitroplast de las ventanillas.

En aquel Cosmos o espacio formado de gas turbio, de color amarillento-verdoso, repugnante y sucio, flotaban una especie de formas sólidas, de poliedros oscuros y feos, como planetas salpicando aquel cielo nauseabundo y viscoso, denso y a la vez translúcido... Jirones de una neblina más espesa, retorcida, reptaban junto a los vidrios del vehículo, como auténticas sierpes gelatinosas y babeantes...

Los microbios y bacterias parecían reptiles, gusanos inmensos o pastas adiposas o grumos, pero dotadas de una vida y un sentido de las formas que se ponían de manifiesto al detenerse y girar, curiosa y ávidamente, en torno a la pequeña nave foránea.

Otros virus o bacterias, tentaculares, translúcidos como medusas, flotaban acá y allá perezosamente, para caer de pronto, con sordo golpe, sobre los visores y estudiar biliosamente a sus ocupantes, con una hilera de diez o doce celdillas visuales, de un tono grisáceo y repugnante, fofas como gelatina.

Y todo aquel conglomerado espeluznante, asqueroso y sucio, despedía un hedor terrible, infernal. Olores a basura a podredumbre, a purulencias increíbles, a estercoleros y bazofias putrefactas...

Penetraba sutilmente, en densas oleadas mareantes, por cualquier rendija de renovación del aire viciado del interior de la nave, pese al hermetismo de ésta. Olores a basura, a podredumbre, a purulencias en los materiales de la nave bastaba a ser conductor de aquel hedor nauseabundo, demoledor.

—Y esto es el Inframundo, o la serie de Inframundos, el Universo inferior y malévolo que soñaba usted con dominar, con llegar a conocer, antes que

ningún otro —dijo con aversión Zindo Knox—. Bien. Ahí tiene. Quizás era esto lo que quería. Me ha llevado a su malvada trampa, no sé cómo. Ahora terminaré aquí mis días. Como todos los demás. Y usted, solamente usted, regresará a su mundo, a recolectar nuevos bocados para «su gente».

—¡Oh! Knox, no es posible... No es posible que a mí, ¡a mí! me crea relacionada... con... con «eso» de ahí fuera. Estoy tan asustada, tan llena de horror y de incredulidad como usted mismo... ¡Y los dos estamos condenados al mismo espantoso fin! ¿No lo entiende aún?

Zindo giró la cabeza, la contempló con fijeza, escéptico al principio. Poderosamente impresionado, unos momentos después. Aquel rostro no podía ser ficticio. No, el pánico, la angustia, el pavor de Sonia Astrik... era real, auténtico.

Por increíble que le pareciese... ella no mentía. Estaba asustada, veía todo aquello por primera vez.

Y en sus hermosas pupilas, lo que se reflejaba ahora era miedo a morir...

—Cielos, señorita Astrik... —susurró, estremecido—. Creo... creo que dice la verdad... Pero entonces... ¿Por qué? ¿Y quién pudo...?

—No, no sé... —meneó la cabeza, angustiada, mientras la nave, con el piloto automático aún, danzaba en aquel caos informe, pastoso, sucio y fétido, en aquel ámbito deprimente y viscoso, donde sólo vivían bacterias, microbios, virus hambrientos... Otra dimensión, otras formas de vida, un horror viviente y astuto que les cercaba. La proporción de los cuerpos, las dimensiones y las escalas físicas trastocadas por un loco poseedor de una fuerza electrónica colosal, al servicio de una mente malvada, que dejó, al morir, su semilla de perversidad y de feroz egolatría...

—Usted y yo... reducidos a un volumen irrisorio, microscópico, una millonésima parte de cualquier fragmento visible para el ojo humano... Eso es lo que somos ahora. Y nos ha envuelto todo eso... Hemos penetrado en un Cosmos espeluznante. Ignoro cómo actuó sobre nosotros la onda electrónica y en qué forma se redujo nuestro físico. Pero esta nave... ¿Es que los metales también se logran trasladar, reducir de volumen en proporciones tan estremecedoras?

—No... no lo entiendo... Mi organismo es normal, nada extraño hay en él. Esta misma mañana, cuando la doctora Barrow me hizo su examen periódico y me inyectó las vitaminas habituales, nada existía en mí que...

—¡La doctora Barrow! —palideció Zindo Knox terriblemente. Miró a Sonia Astrik. Con una expresión nueva, como si descubriese a una mujer distinta en ella—. ¡Eso es! ¡Dios mío, qué estúpido he sido! ¿Por qué no sospeché yo de ella?

—¿De quién? ¿De... la doctora?

—¡Sí! ¡Ella es la continuadora de la obra diabólica de Gaar Astrik! ¡La doctora Barrow introdujo el ingenio electrónico en su edificio, usted misma

me lo ha dicho! ¡Ella abrió virtualmente la puerta a esta dimensión horripilante! ¡La doctora Barrow estaba en la clínica del doctor Studer, que es propiedad de Gaar Astrik, tal y como Hasper Broderick me dijo! ella me trató, ella recordó muy bien que yo era piloto. Cuando me dieron de alta, debió hablar a Broderick, sugerirle mi nombre...

—Sí, tal vez. Broderick fue quien me habló de usted. Pero creí que era por el anuncio que usted publicó...

—Debió ser la doctora quien habló. Luego, había otro factor. Además de ustedes dos... ella tenía una llave electromagnética para entrar allí cuando quisiera. Y ella es un genio en electrónica. No podía equivocarse con la máquina microscopio, como pretendió hacerme creer. Indirectamente, disimulando, era la primera en inducir a que me encerrasen de nuevo, cuando comprendió que yo sabía demasiado. Si hubiera salido de viaje... mi cuerpo ya llevaba el tratamiento, el virus especial, que recogería las ondas electrónicas para reducirme a la escala de este microscópico mundo... Me lo inoculó, como a todos los pilotos, durante el examen clínico de reglamento. Por eso eran siempre pilotos de su empresa los que eran «secuestrados», trasladados de dimensión. Ella tenía la gran ocasión. Y la aprovechaba. Ella debió ser auxiliar de Gaar Astrik, en vida. Recogió su herencia. Es una fanática, una demente, capaz de todo por arrastrarnos a «su» mundo, a «sus» criaturas horripilantes, que sin duda cree totalmente suyas, e incluso las mima y las alienta... Ella es la que tendrá oportunidad siempre de aplicar también a las naves una sustancia o materia que sea sensible a la onda electrónica de ultrareducción...

El desgranar rápido, febril, de sucesos y de explicaciones que desvelaban la incógnita iba desarrollándose dentro de la cabina de la nave, cercada de monstruosas, horrendas formas que la rozaban, que coleteaban sobre ella, ávidas de poseer, de devorar a su presa situada más allá de su alcance... por el momento. Pero Zindo Knox sabía que eso era cuestión de poco tiempo... de segundos quizá. Que podían alargarse acaso, en la proporción infinitesimal de sus cuerpos y sus mentes, en la actual dimensión y medidas. Pero fatalmente estaban condenados al horror de una muerte purulenta, pausada, interminable, absorbidos por virus y microbios enormes, que se apoderarían de sus cuerpos, nutriéndose de ellos, de su salud, de su vitalidad, hasta reducirles a lacras humanas, que por fin destruirían con una muerte repulsiva, dolorosa, cuando ya nada tuvieran que comer...

Al otro lado de los visores del núcleo-car, las brumas se densificaban. Aproximábanse, al parecer, a un informe bulto de siniestra forma, blando y pegajoso, que palpitaba y se movía espasmódicamente en aquel ámbito de horror.

Knox miró hacia allá. Consultó su reloj de pulsera. El tiempo ahora transcurría con una lentitud inaudita. Cada segundo era una hora, quizás un día, un año... Todo se trastocaba, con el traslado de materia y de volumen...

—¡Oh! Knox, eso sí tiene sentido —susurró Sonia Astrik roncamente—. Y usted, creyó que esa seguidora de las artes malignas de mi padre era yo misma...

—Sí, ahí ha estado mi error. No pensé en la doctora Barrow. Parecía tan suave, tan dulce y persuasiva en todo... Ella ya la había elegido también a usted, al aplicarle hoy las supuestas vitaminas, que no eran sino la sustancia sensible a la radiación electrónica de ese maldito ingenio que ella domina y controla... Sólo la casualidad, una fantástica casualidad, al entrar yo ocultamente en su nave, ha permitido que ambos a la vez viajemos a la materia microscópica de un inframundo repleto de materias purulentas, como una nueva, estremecedora, increíble caja de Pandora, abierta para invadir a la humanidad...

—¡Mire, Knox! —jadeó ella, señalando al exterior—. ¿Adónde vamos ahora?

Zindo miró a la repugnante masa blanda y grumosa, de color grisáceo, que se aproximaba a ellos inexorablemente, en la que pronto chocarían o, lo que era más terrible, se hundirían, como un grano de arroz en una bola de sebo.

—No sé lo que es «eso». Puede ser un mundo, un conglomerado de microbios, una comunidad, un centro de gérmenes hambrientos, o una prisión nauseabunda, en la que terminaremos como auténticos detritus de la especie humana. Calma, Sonia, y tenga fe.

—¿Fe? ¿En qué, Knox...? —le miró, sorprendida, con una repentina luz en sus ojos maravillosos—. ¡Oh! me ha llamado Sonia...

—Sí. ¿Qué importancia puede tener ya eso? —Zindo se encogió de hombros—. Esto es el fin, la muerte o... lo que sea. ¿Qué podría importar, incluso, el que yo le dijese que la amaba?

—¡Knox! —ella le miró, con estupor—. ¿Eso... eso es cierto?

—Sí, creo que lo es. La amé tanto desde que la vi, que he llegado a aborrecerla, por pensar que era la culpable y, por tanto, indigna de ser amada, pese a tanta belleza.

—Ahora que vamos a morir, Knox... le prometo que yo nunca fui mala. No traté de ser una Astrik. Y mi único pecado, el de ambicionar la conquista de mundos que nadie conquistó antes... ha tenido ya su castigo terrible en esto de ahora. Ya obtuve lo que quería. Y, como mi padre, al precio de la propia vida... Knox, yo... yo nunca amé a nadie, porque tenía la estúpida idea de que vendrían por mi fortuna. El dinero, el afán de ir más alto, como mi padre, me hizo pensar que no había nadie capaz de amarme si yo era pobre...

—Yo la amé, Sonia. Pero nunca se lo hubiera dicho «allí». Ahora, «aquí», somos iguales. Dos pobres seres a punto de perecer. Hay una sola esperanza, pero tan remota que no vale la pena pensar en ella. Y en el momento en que nada tiene valor, salvo la vida, el espíritu, la entrega a Dios de nuestras almas atormentadas, huyendo de unos cuerpos que serán más atormentados

todavía... le confieso la verdad: te amo, Sonia. Y eres tan hermosa, que has nacido sólo para ser amada, no para amasar fortunas ni para soñar con superioridades materialistas y estúpidas. Te quiero, Sonia, tal como eres ahora: desvalida, femenina... Una simple mujer inerme, sin ayuda de nadie... salvo la mía, que tan pobre puede ser ahora...

—¡Oh, Knox, te amo! —gritó ella de súbito, con inesperado calor. Se lanzó en sus brazos, le rodeo con los suyos, buscó su boca con pasión frenética, con la desesperación de quien, antes de morir, desea demostrar al ser amado lo que hasta entonces le ocultó—. ¡Te amé también desde el principio, pero me resistía a ceder, por amor, a mis sueños de grandeza! ¡Zindo, te amo, por eso te traté tan duramente al encontrarte allá abajo con la doctora Barrow...! Pensé... pensé que la amabas a ella. Y mis celos fueron tan terribles... que te llegué a odiar. Y por rencor, por celos, hice lo que hice contra ti...

Sus labios se unieron. Sí, era amor. Amor devastador, apasionado... y terriblemente tardío, terriblemente inútil ahora...

La pequeña nave de ambos jóvenes se hundió en la viscosa, densa masa grumosa... Una oscuridad envolvente lo dominó todo, dentro del vehículo. Sus luces se apagaron, crujieron sus cristales, presionados por algo rudo, aplastante, avasallador. Se abolló, empezando a estrujarse el fuselaje del óvalo volador... Los conductos de aire dejaron de inyectar oxígeno y el ámbito se enrareció, haciéndose irrespirable...

—Es el fin, Zindo... —susurró ella, abrasándole con desesperación—. El fin de los dos... Pero moriré amándote... no importa lo que suceda.

—Sí, Sonia... Y yo a ti... —dijo Knox, entre toses secas, forzado por el enrarecido aire que entraba en sus pulmones.

Les latían las sienes, mientras por los visores astillados entraba a raudales un infecto, maloliente aire de cloacas, de aguas pantanosas, de detritus y miasmas, Aquel hedor les invadió, aturdió sus sentidos...

Casi sin darse cuenta, dejaron de ver, de sentir, de pensar... Sus cuerpos rodaron por el suelo de la pequeña nave, enlazados en un abrazo que pretendía ir más allá de la misma muerte...

CAPÍTULO VIII

EL COSMOS HEDIONDO



BRIÓ los ojos. Ninguna luz hirió sus retinas. Sólo el olor, fétido e irrespirable, hirió su olfato, provocándole intensas náuseas.

Las dominó como mejor pudo, echó una ojeada en torno, tratando de encontrar la razón de aquellos olores, algún rayo de luz, una claridad, por leve que fuese...

Buscó desesperadamente.

Pero las tinieblas seguían siendo densas, pastosas. Como si les envolviera una masa de alquitrán, o de goma líquida solidificándose. Solamente cuando sus ojos se habituaron a aquellas tinieblas, captaron un levísimo, lejano resplandor de color cárdeno, frío y espectral.

Zindo Knox se incorporó lentamente. En el acto, asqueado, sintiendo que el vello de su piel se erizaba como púas, percibió el revoloteo en torno suyo de algunas «cosas» diminutas, pegajosas, como mosquitos o larvas voladoras, rozándole viscosamente. Las ahuyentó a manotazos, ásperamente. También en el mundo infrahumano, existían, a su vez, microbios o insectos diminutos, en una escala de reducción infinita, quizás en cadena sin posible final.

Procuraba respirar lo menos posible, para no sentirse enfermo con los olores repulsivos de aquel ambiente purulento. Dio unos pasos inciertos, vacilantes, tanteando en las sombras. Otro detalle que venía a hacer más repulsivo aún el lugar en que se hallaba, era el hecho de que el suelo que pisaba era blando, pastoso. Pero no se hundía en él, sino que nuevamente, como arena, la materia blanda volvía a su posición, cuando él daba un paso o se movía, moldeándose y soportando su peso. Daba la impresión, por tanto, de pisar sobre un flan extremadamente dúctil, pero incapaz de resquebrajarse o desmoronarse.

Todo era repugnante allí. Odioso, sucio, pestilente y amorfo, como una pesadilla de un alcohólico o de un loco furioso. Y allí estaba él, prisionero de «algo», de «alguien» a quién ni siquiera había visto claramente. Y allí, en algún otro lugar, estaría también ella...

Se estremeció al recordar a Sonia Astrik. Sí, ella también había corrido su misma suerte. Desesperanzado, se preguntó dónde podría estar, en qué otro lugar infecto y nauseabundo la habrían confinado, para aguardar su muerte, nutriendo a bichos de un microcosmos infrahumano, bajo, fangoso, virulento. Pero con ser odiosos, aquellos infraseres no tenían la culpa directa de todo. Era la persona, el ser humano capaz de tal aberración, de tal infamia, el que

merecía una muerte feroz, un final lento y doloroso, como justo pago a su maldad. Sin embargo, ellos serían las víctimas, y no la perversa, maléfica doctora Barrow, la mujer de dulce aspecto y los hechos demoníacos.

Quizá, después de todo, su visita subrepticia, en sus horas de libertad, a las bibliotecas, archivos y documentos de la Fundación de Gaar Astrik, en busca de la verdad —una verdad que había resultado espantosamente superior a todo lo imaginado— había sido inútil. Como inútil su visita de medianoche a la urna o túmulo funerario de Gaar Astrik, en el bloque de mármol rojinegro del jardín circular. Entonces, llegó a pesar que aquello sería eficaz. Ahora, ni siquiera sabía si desearlo, porque de cualquier modo esto era el final para todos. Un final sin reparación posible. Sin la menor esperanza.

Todo había terminado, en el preciso instante en que penetraron Sonia y él la barrera inapreciable de la ultradimensión, saltando a aquel mundo diminuto y pavoroso, situado más allá de la molécula, del átomo, de todo lo conmensurable para el hombre...

Y ahora... solamente sentía una curiosidad enfermiza por saber qué sucedería. Por ir presenciando el curso terrible, aterrador, de su propio final. Un final que desconocía por completo.

Nihls Ordham había podido escapar de allí, quizás en un momento de alteración molecular o de exceso de astucia, o por algún fenómeno físico incalculado. Pero eso no se repetiría. Ya cuidarían los microseres de ello. Y la doctora Barrow, manipuladora siniestra de aquellas criaturas infrasensibles que ahora iban a servirse un festín con él y con Sonia Astrik...

Advirtió que le palpitaban las sienes con fuerza. Se tocó la frente. Ardía. La fiebre estaba atacándole y tenía la boca reseca, los labios agrietados. Tenía sed, mucha sed... Evocó la piltrafa enjuta, esquelética, de Nihls Ordham... Sí, él también debió ser devorado por la fiebre. Eso significaba que los virus, los microbios y bacterias estaban ya dentro de él. Trabajando activamente, debilitando su fortaleza, conduciéndole a la fiebre que le iría agotando, en tanto «ellos» devoraban, infatigables.

Apretó los labios, furioso. Contra aquellos entes no existía ahora antibiótico, en su propio mundo era imposible inmunizarse contra las legiones de monstruos convertidos en azote del ser humanó, por aquel juego malvado de dimensiones y volúmenes. Estaban por completo en sus manos.

Desalentado, se dejó caer nuevamente en el blando suelo. Se dispuso a dormir, a dejarse dominar por el sopor, por la fiebre devoradora, por el enemigo inteligente y cruel que se filtraba en uno, adaptándose a su organismo y empezando el ataque masivo y ordenado, hasta matar...

Ya no le importaba por sí mismo. Todo le era igual. No temía a la muerte. Pero ella, Sonia... ¿dónde estaría? ¿Cómo sería su lenta, interminable, alucinante agonía?

Hubiera dado algo por morir, al menos, al lado de ella. Hubiera sido

consolador, confortante, casi dulce. Pero hasta eso se le negaba.

Se le cerraron los ojos. Fue adormeciéndose. La fiebre aumentó. Su piel ardía, sus sienes latían con fuerza. Se agitaba inquieto, en un sopor febril, ardiente, incómodo.

Y él cedía, se resignaba. Estaba ante un enemigo con el que no podía luchar. Lo sabía, y aceptaba la derrota. Una derrota que era morir...

* * *

—Zindo Knox... Zindo Knox, soy yo... Una buena amiga tuya. Despierta, Knox, despierta...

Zindo Knox apenas si podía despertar. Sus ojos enrojecidos, inyectados, parpadeaban con fuerza, al sentir la luz cárdena derramándose, como una claridad infernal, sobré su rostro sumido por la fiebre.

Por fin pudo dominar su mirada, atravesar la neblina que lo envolvía todo, que parecía despedir los olores de la putrefacción misma de los cuerpos muertos, envolviéndole también a él como un tul hediondo. A la luz cárdena reconoció, estupefacto, la figura que se erguía ante él.

—¡Doctora Barrow! —aulló, poniéndose en pie de golpe, con un brinco agilísimo, a pesar del agotamiento de su fiebre—. ¡Usted!

Era ella. Hermosa como siempre. Con sus gafas de montura de plata, su hermosa figura, su bata blanca, hasta el nivel medio de sus muslos. Le miraba fija, gravemente. Con un gesto algo duro y risueño a la vez. Pero sin su dulce sonrisa de siempre.

Le costó trabajo recordar que él ahora no tenía las proporciones de antes, sino unas que hubieran hecho parecer al fabuloso Pulgarcito de los cuentos infantiles, tan grande como el más ciclópeo de los gigantes. Y la doctora Barrow... tenía esas mismas dimensiones. Reducida como él... o él había sido aumentado de nuevo.

No. Era lo primero. Porque el lugar oscuro, de blando suelo y olores fétidos, era el mismo. Seguía en el inframundo de los virus y bacterias vivas e inteligentes, de las que la doctora Barrow ahora, como su colaborador Gaar Astrik antes, era reina y señora.

—Usted, doctora Barrow... —repitió, con voz sorda, ante el silencio de ella.

—Sí, Knox, que he vuelto para ofrecerte tu última oportunidad. Sé que ahora conoces la verdad sobre mí. Pude advertirlo mientras dormías, devorado por la fiebre que producen en ti mis pequeños microbios... Hablabas de mí. No muy bien, Knox —y sonrió, con malignidad llena de orgullo y superioridad—. ¿Cómo supiste que era yo la persona indicada... y no tu buena Sonia Astrik?

—Sería largo de contar —se pasó la mano sudorosa por su frente abrasada, febril—. Y no me encuentro bien. «Tus» queridos microbios son terriblemente crueles. Me devoran vivo, doctora Barrow, y lo noto claramente.

—Por eso he venido. Tú aún tienes una oportunidad, Knox. Una oportunidad que nadie más podrá tener. Ni siquiera Sonia Astrik, por supuesto. Ella se quedará aquí. Tú... tú vendrás conmigo. Tengo mi nave aquí, en esta dimensión infrahumana. Dentro de poco volverá a su normal estructura. La onda electrónica está calculada para eso, y actúa automáticamente sobre la nave. Yo debo estar entonces allí. Dispongo de poco tiempo. Apenas un par de segundos en mi forma original. Aquí, eso es mucho tiempo. Pero aun así, se agotará en breve, Knox. Si me quedase fuera de mi nave en ese momento, nunca podría volver a mi auténtica estructura. Como tú... y como Astrik. Es decir, podría hacerlo, pero a través de la «puerta» que tú, sin duda, conoces.

—La máquina electrónica. El túnel de electrones que «traslada» de «aquí» a «allá», ¿no es eso?

—Sí —sonrió ella—. Eres muy listo, Knox. Siempre lo pensé así. Pero para salir yo por allí haría falta que alguien cuidara de ese tubo electrónico y me permitiese regresar. Tengo un auxiliar allí que lo haría, pero... no me puedo fiar de eso.

—Entiendo. Prefieres la seguridad plena en todo. Bien. ¿Y a qué vienes aquí? ¿Por qué te arriesgas a penetrar en la basura asquerosa de «tu» Universo pequeño y repugnante?

—Para buscarte a ti, Knox.

—¿A mí? —Zindo parpadeó, sorprendido.

—Sí, ¿no lo entiendes?

—No, no logro entenderlo.

—Yo no corro peligro aquí. «Ellos» me conocen, me respetan. Son muy inteligentes. Si yo les «hablo» de ti, por medio de mis microondas electrofónicas, entenderán. Se librará tu cuerpo de virus y microbios. Serás libre de volver conmigo a nuestro mundo. Y compartirás mi poder, mi fortuna...

—¿Y todo eso por qué, doctora Barrow?

—Porque te amo. Me gustaste desde el principio. Deseo que seas sólo para mí. Y yo para ti. Seré tu más apasionada compañera, te ofreceré todo el poder y grandeza. Cuando «nuestros» pequeños seres surjan de su dimensión, penetren en la Tierra, en los planetas todos, cuando invadan «el otro» Cosmos y devoren a cuantos seres humanos existen, dejando en poder nuestro la grandeza del Universo todo, tú compartirás conmigo esa gloria, ese triunfo sin precedentes. ¡Todo será nuestro! La creación entera, Knox... ¿Se ha podido nunca ambicionar más... y estar tan seguro de obtenerlo?

Pálido, horrorizado, Knox asintió con leves movimientos de cabeza.

—Sé que lo alcanzarás. Tu poder es muy grande... y nadie imagina lo que le acecha, lo que llegará un día, invadiéndolo todo, devorando a los humanos.

Un enemigo invisible, diminuto, poderoso, cruel... Te felicito, doctora Barrow. Serás la única habitante de los mundos. Todo será tuyo. Hasta los millones de millones de muertos...

—Mío, no. De los dos, Knox. ¿O prefieres morir aquí, devorado por esos microbios? Igual llegará el final de los mundos. Tú no podrás evitarlo sacrificándote...

—Ya lo sé —jadeó Knox roncamente—. ¿Y Sonia... no puede salvarse conmigo?

—¡No!

—¿Ni aunque te pida, como única condición para acceder a tu oferta... la vida de ella?

—No —entornó los ojos, ferozmente. Su seno latió, agitado—. ¡Ella no tiene sitio! Cualquier otra persona, sí. Pídeme una vida y te la concederé. Pero no la de Sonia. Te ama. Y tú a ella... tal vez. Te pido que la olvides. Que te unas a mí. Es todo.

Knox reflexionó. Mientras lo hacía, su mirada se fijaba en su reloj, que seguía funcionando normalmente, y, por tanto, apenas si se movía. Sobre la máquina, la reducción molecular no tenía influencia.

Si todo iba bien, faltaba poco tiempo para... Dejó de pensar. Ella, la doctora Barrow podía ser telépata. No debía correr riesgos. Le miraba tan fijamente. Y era la única oportunidad. La última.

—Está bien —dijo—. Voy a aceptar. Pero con una sola condición: permite que me despida, al menos, de Sonia.

—¿Tanto la amas? —se irritó ella, apretando los labios.

—La aprecio. Es una buena chica. No puedes negarte a eso. Puedes estar presente, vigilarnos. Me despediré de ella. Luego, podremos partir los dos adonde sea. Y olvidaré por completo a Sonia y a cualquier otra. Sólo viviré para ti. Merece la pena, doctora Barrow...

—Llámame por mi nombre, Knox... Para ti, desde ahora, soy Alana. Solamente Alana, mi querido Zindo Knox...

Avanzó hacia él, le rodeó con sus brazos. Knox dominó su repugnancia. Una vez había deseado tener así a la doctora Barrow. Ahora, era horror lo que sentía. Pero lo ocultó. Incluso llegó a besar apasionadamente los labios de la monstruosa y bella mujer.

Al separarse, sus ojos brillaban con orgullo y dominio tras sus gafas. Asintió:

—Está bien, Knox. Ven conmigo. Te despedirás de ella. Luego, quitaré tu fiebre. Y partiremos juntos... rumbo a la vida, al mundo que nos pertenece. Y que nos pertenecerá realmente dentro de muy poco.

Zindo Knox asintió. Partió en pos de la doctora Barrow, a la que toda clase de microbios parecían respetar, alejándose de su figura altiva, dominadora.

CAPÍTULO IX

LA CARTA OCULTA



A nave era amplia. Lo bastante para tres. Sin embargo, la doctora Barrow llevaría su ferocidad infrahumana, tanto como la de sus propias criaturas horrendas, al extremo de condenar a una muerte inexorable, lenta y atroz, a la infortunada Sonia Astrik.

Ante la nave, esperaron unos segundos él y la doctora Alana Barrow, que le rodeaba amorosamente los hombros con un brazo. Lentamente, con paso cansado, comida también por la fiebre, avanzó hacia ellos una figura. Sonia Astrik, vencida por la desesperanza, por el horror y la angustia de su futuro tremendo.

—¡Zindo! —jadeó—. ¡Zindo, mi vida...!

Corrió hacia él, alentada por nueva fe. Tropezó, a punto de caer. Knox la sujetó, impulsivo, pese al intento de Alana Barrow por retenerle. Fríamente, mientras Sonia sollozaba en brazos de Knox, habló la maligna mujer.

—Es tu despedida, Sonia Astrik. Knox vuelve conmigo al mundo. Tú te quedas aquí. Es tu destino. Despídete de él. He sido generosa en consentir esto... ¡Vamos, deprisa!

—¡Oh, no, Dios mío! —gimió ella, desesperada—. ¡Prefiero morir... a seguir aquí!

—No puedo complacerte —rio la doctora—. «Mis» criaturas necesitan alimento. Lo siento, Sonia. Has de quedarte.

Ella estalló en llanto desesperado. Knox la acarició el rostro, besó su frente, abrasada por la fiebre, sus labios, ardientes y secos. La doctora cortó fríamente, abriendo la portezuela de la nave:

—Ya basta: disponemos de sólo unos momentos. Vamos ya, Knox...

Zindo miró en torno, a la planicie pastosa, blanduzca, cubierta por la misma materia viscosa y oscura. La luz cárdena brotaba de esa misma materia allí. Miles, millones de microbios bullían, se agitaban ávidamente en derredor, algo distantes, a la espera de su marcha, sin duda, para atacar a la infortunada

joven, para ir minando su naturaleza, en largas succiones...

—Sí, Sonia. Es el fin. Adiós —susurró Knox, sujetándola firmemente aún por un brazo. Su mirada, febril fue al reloj. Si sus sospechas habían sido ciertas, era el momento. Ahora mismo—. Vamos ya, Alana...

Parecía como si soltase a Sonia. De repente, ocurrió algo. Vertiginoso, insospechado. Incluso una mujer tan astuta y recelosa como la doctora Barrow no pudo sospechar aquella reacción, propia de los reflejos asombrosos de Zindo Knox...

Lanzó impetuosamente, como una catapulta, a Sonia. El cuerpo frágil, agotado, sin resistencia, de la bella joven, voló materialmente, con un grito de terror, salvando el umbral de entrada a la nave, rodando dentro, aparatosamente.

—¿Eh? ¿Qué significa...? —gritó la doctora Barrow, poniéndose en guardia.

Pero demasiado tarde. Y aunque era fuerte y de rápidas acciones, chocó con un hombre duro, desesperado, violento y vertiginoso como Zindo Knox.

Éste brincó como un tigre, derribando a la doctora contra el fuselaje de su nave. Penetró violentamente en el interior, y cerró rápidamente la puerta. La doctora Barrow, en el exterior, chilló, golpeando los vidrios herméticos de la nave. Su voz llegó a ellos, con la imagen desencajada de su rostro.

—¡Abrid! ¡Abrid! ¡Es inútil! ¡Si huis yo volveré por medio de «la puerta» electrónica! ¡Os destruiré en el acto! ¡Iré con todos los virus y bacterias!

Zindo Knox sabía que era cierto. Ella tenía poder sobrado para hacerlo. Pero ahora, mientras esperaba el momento en que la onda magnética volviese a la nave de la doctora Barrow a su dimensión original, agotado su tiempo de acción limitada, optó por probar si su teoría había sido cierta o no.

A través del vidrio también miró desafiante a la siniestra mujer y replicó:

—¡Doctora Barrow, acaso te interese saber que dentro de un par de segundos de acuerdo con el explosivo de acción retardada que situé en cierto lugar, todo va a hacerse pedazos! ¡La fuente de energía que nutre tu máquina electrónica, tu «túnel» de comunicación, absolutamente toda esta mecánica atroz... va a volar en pedazos!

—¡Mientes! —aulló ella, virulenta—. ¡No sabes dónde está siquiera! ¡Abre, Knox, o será peor! ¡Ahora, incluso has perdido tu última oportunidad! ¡Morirás aquí con ella!

—No, Alana Barrow... ¡La urna de Gaar Astrik es lo que volará de un momento a otro!

Había acertado. La lividez súbita, mortal, que cubrió el rostro de Alana Barrow se lo demostró.

Un aullido inhumano, aterrador, brotó de sus labios contraídos. Furiosa, golpeó los vidrios, luchó por abrir el resorte de la entrada, pero Knox,

conocedor de esos métodos, oprimía con fuerza el ojo magnético de la puerta de la nave, impidiendo su acción exterior o interior.

Alana Barrow, convulsa, desesperada, se volvió a sus entes horribles, gritó cosas espantosas y un alud de microbios, movidos por su poder de autoridad, avanzó hacia la nave, para aplastarla...

Llegaron hasta los vidrios, forzándolos junto a la crispada, desfigurada mujer que descubría, por vez primera, la sombra terrible de un fracaso que significaría el fin de su imperio de monstruos... y su condena a una eternidad sin salir de su infracosmos...

Fue como un estallido de luz, una convulsión que sacudió los cuerpos de Sonia Astrik, agitándose aún en el suelo de la nave, de Zindo Knox y del propio vehículo de la doctora Alana Barrow...

Una convulsión dolorosa y, a la vez, esplendorosa y vivida... Habían saltado súbitamente la barrera dimensional que les separaba de su mundo...

Atrás, quedaba la doctora Barrow, con sus criaturas nefastas y purulentas, en un Universo microscópico y hediondo, donde todo era vil, repugnante y viscoso...

Al mismo tiempo, un pilar de mármol rojinegro, en la Fundación de Gaar Astrik, se hacía pedazos, arrancado por una explosión formidable, que conmocionó todo, reventó vidrios y tapa de plata... y destrozó la arqueta en la que decía que se hallaban los restos del millonario.

Pero allí había habido algo más, depositado por la doctora Barrow, siguiendo órdenes de su maestro, el nefasto Astrik... La pila electromagnética de superenergía, la pila que, a distancia, movía con sus microondas toda la complicada maquinaria electrónica creada por la maldad de Astrik, y funcionando en la zona prohibida de la B. W. S...

Zindo Knox había acertado. Por eso, ahora, en vez de morir él y Sonia, llegaban, en su normal estructura y volumen, de nuevo a «su» mundo real, a su maravilloso, luminoso, querido mundo, más cerca de Dios que en aquella ciénaga microscópica, donde ahora la doctora Barrow permanecería por los siglos de los siglos... hasta ser devorada por sus propias criaturas enfurecidas, en un final doloroso y lento, como el que ella dio a sus víctimas y quiso darle a Sonia Astrik...

CONCLUSIÓN

—Al estallar la fuente de energía, que estaba tal y donde yo imaginé que un ser como Astrik y una mujer como la doctora Barrow podrían ponerla, ya que era un lugar condenado a no ser tocado jamás por nadie, según el testamento de Astrik, se descompuso la máquina toda. El «túnel» o «puerta» no funciona ni funcionará ya jamás.

Y diciendo esto, Zindo Knox tomó la pértiga de acero que fuera arma de lucha entre él y el infortunado Ordham, y golpeó, hasta triturarlos, los mandos y controles de aquel ingenio llamado «microscopio electrónico supergigante».

Era la última conexión con el inframundo de la doctora Barrow. Sonia Astrik no pudo por menos de estremecerse, a pesar de que ella misma pudo haberse quedado «más alla» para siempre. Ella era noble, sensible, y sentía el horror del destino actual de la doctora Barrow, víctima de su propia perversidad y apetitos insaciables...

La Policía Internacional, que escoltaba ya al empleado de Sonia que hallaran ellos junto a la máquina, con instrucciones de hacerla funcionar, si la doctora Barrow no regresaba en determinado período de tiempo, se llevó a su prisionero tras asistir a la destrucción del maligno ingenio.

Zindo Knox y Sonia Astrik se quedaron solos, el uno frente al otro, en aquel laboratorio electrónico, inofensivo, del que unos seres inhumanos hicieron su «puerta» de escape y de acceso a un microcosmos aterrador.

— Terminó todo, Sonia—dijo con una sonrisa, rodeando a la joven entre sus brazos. Besó su frente, antes de que sus labios, y susurró —: Ya pasó

la fiebre. Murieron los únicos microbios que trajimos con nosotros, querida...

—¡Oh, Zindo, nunca entenderé bien cómo pudiste derrotar a aquella mujer... y descubrir su máximo secreto.

—Deducción pura. Sin embargo, podía estar en un error, y no haber más que los restos del millonario Astrik en aquella arqueta. No hubo error. El explosivo que situé allí, antes de ir a verte, creyéndote culpable, dio resultado. Y fue puntual.

—¿Cómo tardó tanto en estallar?

—No tardó lo que crees — sonrió Knox —. El tiempo «allí» no era el de «aquí». En realidad, solamente tardó una hora. Era el tiempo calculado. Una hora pasó, desde que yo dejé la carga termonuclear en la urna funeraria... hasta que huimos de... de aquel lugar horrible.

—Dios mío... Creo que ha sido la hora más larga de mi vida... — suspiró ella, estrechándose más contra- Knox.

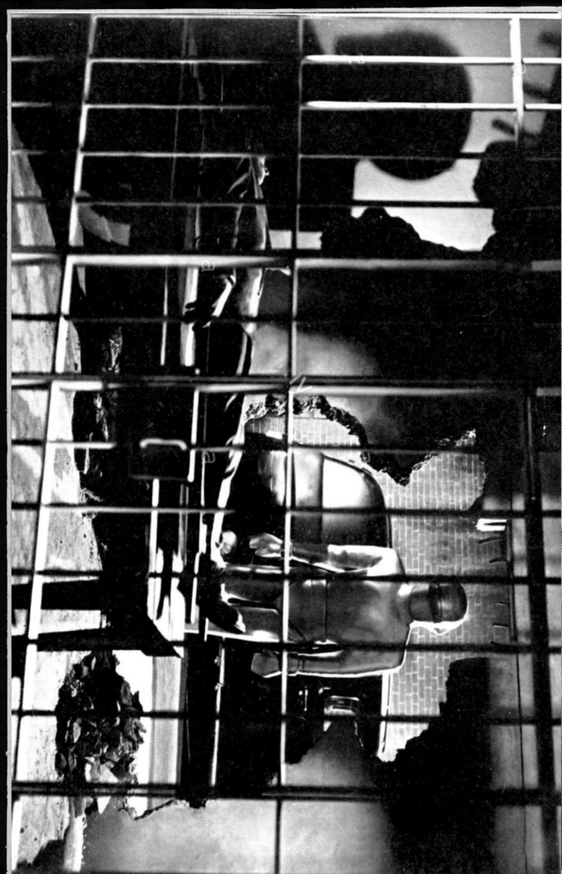
—No sólo de tu vida y de la mía, querida..., sino de toda la humanidad. Pero creo que nadie llegará a saber nunca lo cerca que estuvo de su destrucción total... en unos segundos que para ellos ni siquiera parecieron correr... y que para nosotros fue toda una eternidad... en el Infracosmos de la doctora Barrow.

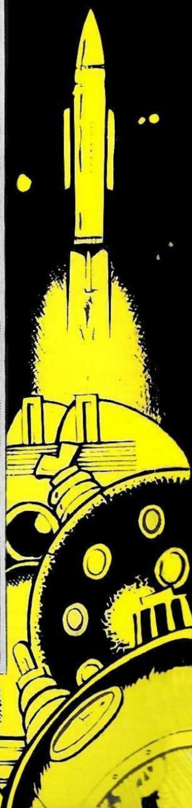
Sus labios se encontraron. Ahora sabían sus ya no existirían problemas. La B. W. S. podría rehacerse de aquellos desastres. Pero ni siquiera eso tenía importancia ahora para Sonia Astrik.

La importancia era su felicidad. Y la había encontrado. Lo mismo que Zindo Knox...









Escena de la película THE EARTH STOOD STILL
(20th Century Fox)

Precio en España: 7.- ptas.